
4. De la ruptura a la recuperación de la memoria (1980-1994)

El partido estaba en crisis, aunque no lo pareciera y los resultados electorales no ayudaron. No así Comisiones Obreras que crecía y crecía pese a lo complicado que era explicar por qué los comunistas apoyábamos unos Pactos de la Moncloa dictados desde arriba, no discutidos y, por lo tanto, no asimilados. Éramos, lo quisiéramos o lo disimuláramos, un sindicato, en Catalunya, correa de transmisión del PSUC. Siempre nos habíamos negado a que el partido manejara al sindicato, pero era inevitable que los comunistas confiáramos ciegamente en los dirigentes comunistas y lleváramos a las asambleas del sindicato políticas que, si bien no eran exactamente las que el partido quería imponer, no eran en absoluto críticas ni, por supuesto contrarias. Por eso, nos teníamos que oír de los compañeros que militaban en organizaciones a la izquierda, o de aquellos que no estaban afiliados a ningún partido, que CCOO no era independiente y que el PSUC influía demasiado.

Era verdad, aunque lo negáramos entonces. Pero no era una imposición. Es que los comunistas en CCOO nos creíamos que íbamos bien orientados, que buscábamos lo

mejor para el movimiento obrero, que de la mano de nuestros dirigentes íbamos a cambiar la sociedad.

Así, cuando se celebró el Primer Congreso Confederado, en el Palacio de Congresos de Madrid, en 1978, y se reeligió como secretario general a Marcelino Camacho, pese a la frustración por no haber conseguido un único sindicato de clase para todos los trabajadores, nuestra confianza en CCOO era máxima y esperábamos que la fuerza sindical en las empresas y en la calle cuando hiciera falta —que seguro que iba a ser pronto— nos daría capacidad suficiente para modificar la realidad. Con los resultados electorales ya se vió que estábamos bastante solos. Que aquellos a los que criticábamos por sus vacaciones de 40 años se llevaban la palma electoral. Que la gente parecía confiar en ellos más que en nosotros, sobre todo cuando se trataba de llevar a los comunistas a las instituciones. Y entonces, empezamos a pensar que la causa de todo ello no estaba solo en la sociedad. Era verdad que la sociedad en general y la clase obrera en particular se habían dejado influenciar mucho por lo que representaba el franquismo desde la

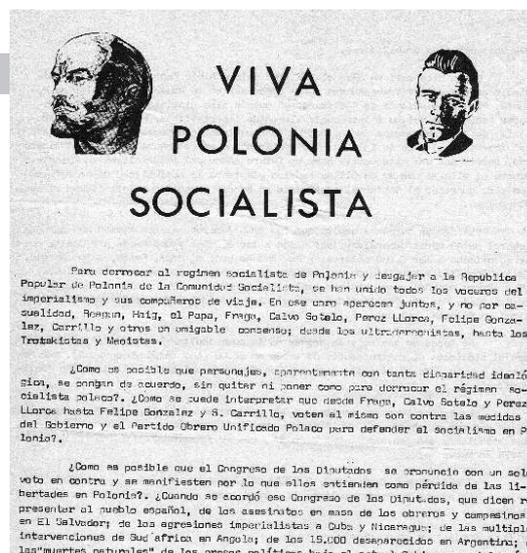


Imágenes del Primer Congreso Confederado de CCOO en Madrid en 1978. Arriba a la izquierda diversos compañeros entre los que se distinguen a Esteban Cerdán y Antonio Ruíz entre muchos otros. Arriba a la derecha, Ángel Rozas y otros compañeros con Antonio Ruíz, y abajo, Valls en un momento del plenario con el puño levantado y en la explanada del Palacio de Congresos.

perspectiva cultural: era una sociedad atemorizada, poco valiente. Solo los comunistas desafiábamos el miedo, por eso éramos reconocidos y queridos, pero no conseguimos introducir en el conjunto de la sociedad el espíritu de lucha, la rebelión imprescindible para avanzar en una sociedad abierta y democrática. No conseguimos llegar a las masas, pero para llegar a las masas teníamos que estar previamente convencidos. Y algunos de nosotros empezábamos a dudar. Un partido que se había roto la cara por la república, y que había llevado al frente de batalla a millares de combatientes bajo la tricolor, de pronto aceptaba la monarquía y la bandera de los fascistas. Un partido que siempre había estado al lado de los comunistas que habían hecho frente al fascismo y al nazismo en la guerra mundial, em-

pezaba a criticar duramente algunas decisiones internacionales. Primero fue la invasión de Checoslovaquia en 1968, después los acontecimientos muy recientes de Polonia y *Solidarnosc*, más tarde la invasión soviética en Afganistán. Criticar a los soviéticos se había convertido en el mismo deporte que practicaban los socialistas europeos, que solo pretendían mejorar el capitalismo y no acabar con él, y todas las fuerzas conservadoras y de derechas que daban cobertura al imperialismo y a los golpes de Estado contra los pueblos que luchaban por su liberación nacional o de clase. Y todo esto se producía sin apenas digestión. Pasábamos de una consigna a la siguiente sin discutirla en los órganos de dirección local, asumiendo lo que ellos, los dirigentes del Ejecutivo, discutían y decidían. (Más tarde tuvi-

En estos años, algunos grupos de la izquierda comunista, lanzan a la calle panfletos como este firmado por el PCEU, en solidaridad con el régimen comunista de Polonia amenazado por las manobras del sindicato Solidarnosc



mos oportunidad de saber que ni siquiera ellos debatían esas cuestiones, que la mayoría de esos cambios estratégicos habían nacido de los análisis muy particulares del secretario general del PCE, que además los imponía a su camarilla, provocando constantes conflictos internos que se iban convirtiendo en debilidades en la cúpula.)

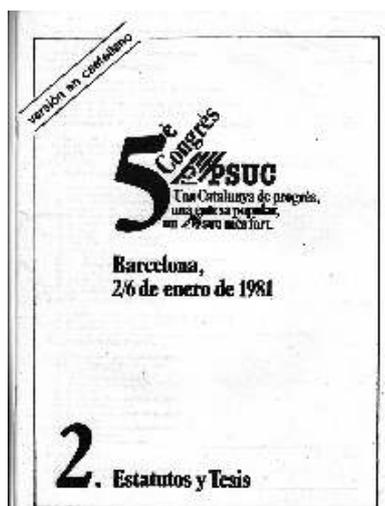
Y así fue como lo que, en un principio eran opiniones contradictorias en el comité central y en los comités locales, se fueron convirtiendo en opiniones contrarias y quienes las defendían, en miembros de unas corrientes que estaban prohibidas en el partido bajo la acusación de trabajo fraccional. Yo acabaría siendo acusado de fraccionalismo por el comité local de l'Hospitalet, estando ya de concejal en el ayuntamiento y siendo el secretario general de la Unión Local de CCOO. Y en esa ocasión, por primera vez, me plantearía dimitir de todos mis cargos y marcharme a militar a mi agrupación de Bellvitge como afiliado de base, tras una agria discusión con el Guti.

Esas opiniones contradictorias venían de antiguo pero las opiniones contrarias se fueron labrando sobre la base de las nuevas experiencias y de la constatación de filias y fobias entre dirigentes y entre militantes de base. Y de ahí se pasó con mucha facilidad a los clichés

y a las subjetividades. Los trotskistas siempre decían que permitir que haya corrientes en los partidos comunistas favorece el debate y la superación de las opiniones enfrentadas. Pero nosotros no éramos trotskistas. Es mas, nosotros repudiábamos a los trotskistas y cualquier cosa que nos asimilara a ellos era rechazada de plano. Así que no podíamos hablar de corrientes, pero en cambio hablábamos cada vez más libremente y con más rabia, de los euros y más tarde de los *leninistas*, a la vez que ellos nos tildaban de *afganos* y de *prosoviéticos*.⁷

En el comité de l'Hospitalet había abundancia de esas tendencias especialmente de quienes nos situábamos en los extremos, acusándonos mutuamente de haber lastrado el partido y de ser los responsables de la imagen de división que tanto daño nos hacía. De los concejales electos, cinco podían ser considerados como euros u oficialistas y tres como *afganos*, entre los que me encontraba, más

7. En abril de 1978, la Unión Soviética invadió Afganistán en apoyo del gobierno de la República Democrática de Afganistán contra los muyhaidines islamistas que habían recibido armas y dinero de los Estados Unidos en la guerra civil de ese país asiático. Apoyar incondicionalmente a los soviéticos se interpretaba como signo de stalinismo y por eso los comunistas menos críticos con la URSS fueron tildados peyorativamente de afganos y prosoviéticos.



Documento de Estatutos y Tesis del V Congreso del PSUC que resultó la espoleta que dinamitó el Congreso y el partido

otros tres a los que costaba identificar pero que, puestos a decidir en las votaciones, se inclinarían fácilmente por el oficialismo. O sea que estábamos en clara minoría y además éramos el eje obrero y la representación de CCOO en el comité local. Era fácil, para los ajenos al partido, identificar, de ese modo tan cómodo, a los obreros de Comisiones con los defensores de las esencias clásicas del comunismo, que además eran los militantes más veteranos y, en un sentido contrario, a los eurocomunistas con los más reformadores, los más recientes en llegar al partido y los más críticos con la Unión Soviética y sus políticas internacionales.

Por más que en ambos lados hubiera de todo, en esencia la imagen era esa. Y era una imagen general que se daba también en el comité central y en la ejecutiva del PSUC a nivel global. Pero junto a los directamente adscritos a esas posiciones, por sentimiento y por simpatía hacia las ideas, también había los oficialistas tradicionales, siempre a bien con el poder, viniera de donde viniera. Por eso, entre los concejales y en el comité local de ese período había *euros* y *afganos*, pero también gente que se alineaba con los que decidían y tenían más peso (y otros que sentían simpatía por nuestros principios pero que también eran críticos con las ideas clásicas que provenían del estalinismo). Algunos de aquellos seguidistas acariciaron la estela leninista cuando los leni-

nistas mandaron en el partido durante unos pocos meses. Y todo eso acabó de dar una imagen de división prácticamente irreconciliable.

Lo que se daba en el comité local se daba también a nivel general del PSUC. Se daba también, pero con menor relevancia, en Comisiones. Es verdad que en algunos ramos dominaban unas tendencias y en otros otras, pero, en general, los debates en el seno de CCOO se centraban en aspectos menos viscerales y más prácticos y los enfrentamientos resultaban más asimilables. Para decirlo con más claridad: los enfrentamientos se llevaban al terreno político, no al sindical, quizás porque en el sindical trabajábamos con muchos afiliados de procedencias diversas y las cuestiones prácticas era lo que de verdad importaba.

No sabría explicar en qué momento preciso se levantaron las barricadas entre nosotros. Solo sé que el enfrentamiento estaba listo cuando se convocó el V Congreso, a mediados de 1980. Se llegaba a ese V Congreso después de dos elecciones generales y unas municipales cuyos resultados estaban muy lejos de ser los que se esperaban; con más de 10.000 militantes menos que en 1978 y después del fracaso estrepitoso de la estrategia de ruptura democrática defendida por el partido y el más ridículo todavía fracaso del gobierno de concentración que predicaba

Carrillo. No contentos con eso, estábamos siendo los principales impulsores de los Pactos de la Moncloa y los únicos que defendíamos todavía la estrategia eurocomunista, después del desastre electoral del PCI y su compromiso histórico en 1979 y el abandono de esos mismos presupuestos por el PCF, que veía como un error estratégico el acercamiento a la socialdemocracia en Francia. Y encima, observábamos con cierto estupor la profesionalización de la política por parte de militantes provenientes de aquella Bandera Roja que se incorporó al partido en 1974 y que más se habían distinguido por defender la lucha institucional frente a la movilización permanente de masas que defendíamos los comunistas de siempre.

Todo hacía pensar que frente a la tranquilidad con que se había desarrollado el IV Congreso, este V Congreso podía dar la oportunidad de expresar el descontento que se respiraba en las agrupaciones del partido a través de una cosa muy poco material pero muy constatable: el desencanto. Si había desencanto era porque antes los comunistas nos habíamos creído lo que nos decía la dirección y explicaban algunos datos: que la estrategia que nos vendían era tan acertada que dabas una palmada y caían comunistas de los árboles. Ahora, los mismos que nos habían puesto tantas mieles en la boca, se empeñaban en criticar nuestro infantilismo, nuestras ensoñaciones delante de una realidad que era mucho más dura de lo que se había previsto. Y nada de esto contribuía a calmar los ánimos si no más bien todo lo contrario.

Cuando el Comité Central del PSUC aprobó las tesis para el V Congreso, en mayo de 1980, se preveía convocar el Congreso para octubre, pero al final se aplazó para entre el 2 y el 6 de enero. El anteproyecto de tesis había

recibido más de 400 enmiendas y, lo que al final se aprobó, hacía una lectura crítica de la Transición, de los Pactos de la Moncloa, de la política de consenso y del papel jugado por los comunistas en todo el proceso. Se condenaba la intervención soviética en Afganistán, se reafirmaba la autonomía de Comisiones y se apuntaba el papel clave del PSUC en la reconstrucción nacional de Catalunya.

Cuando Gregorio y el Guti expliquen en la ejecutiva del PCE lo que se ha aprobado en el Central del PSUC, las críticas serán furibundas. Como que el PCE se había recuperado algo en las generales de marzo del 79 y el PSUC había perdido apoyos, Carrillo fue muy duro con la política del partido en Catalunya y en el debate posterior se hizo sangre, al parecer con el proyecto de tesis y de los estatutos. Carrillo intervino muy duramente quejándose de que el partido estaba influido por el nacionalismo, criticó que se hablara de autodeterminación y rechazó el término Países Catalanes.

La crisis azota con fuerza y el retroceso de los conflictos y de las movilizaciones parece ir de la mano de esa sensación de que los comunistas ya no éramos lo que habíamos sido, gracias al eurocomunismo y a sus políticas blandas. En enero de ese 1980 se produce un acontecimiento que empieza a marcar las diferencias. Se da, significativamente, en el Baix Llobregat donde Comisiones es el principal sindicato y donde las candidaturas municipales del PSUC han conseguido numerosas alcaldías. La conferencia comarcal nombra una dirección donde 22 de sus miembros se muestran favorables a una resolución que pide la desaparición del término eurocomunismo y no se pronuncia contra la invasión soviética de Afganistán. Unos días más tarde, la conferencia



Revista de los camaradas del Vallés, que tuvo mucha influencia sobre el desarrollo de los acontecimientos de esos años

local de Terrassa no solo no condena la invasión, sino que la aplaude. Paralelamente, se producen movimientos de solidaridad en las comarcas del segundo cinturón, los dos Vallés, y el Barcelonés Nord contra la Corporación Metropolitana de Barcelona por su carácter centralista y poco participativo. Detrás de esos apoyos a la Gran Barcelona que promueve la CMP está Jordi Borja y con él, el Guti, y esa oposición crea vínculos entre las organizaciones que serán claves a la hora de crear un estado de opinión de las comarcas metropolitanas representativas del obrerismo más activo, en el próximo Congreso.

Por esa misma vía circula la oposición de los camaradas del Vallés Occidental a los documentos congresuales. Los casi 8.000 militantes comunistas de esa comarca se sitúan casi al unísono detrás de sus dirigentes Celestino Sánchez, Marià Pere, Alfred Bienzobas, Alfredo Valdivieso, etc. que distribuyen una nueva revista con el nombre de *El Comunista* que se convierte, de hecho, en el eje de las tesis alternativas al Comité Central. Tras esa posición se van aglutinando diversos comités locales y comarcales e incluso agrupaciones discordantes de algunos municipios como por

ejemplo del nuestro. Y los tres sectores empiezan a tomar forma organizativa. Los *eurocomunistas*, liderados por el presidente y el secretario general, más un grupo compacto de los dirigentes venidos de Bandera Roja. Los *leninistas*, que se congregan alrededor de los cargos de la CONC, con fuerte incidencia sobre algunos intelectuales y fuerzas de la cultura y los *afganos*, con fuerza en los núcleos más obreristas del cinturón rojo y también en las organizaciones locales de Tarragona y Lleida.

Algunos dirigentes de la secretaría de organización que acuden a las agrupaciones de base con la regularidad acostumbrada, acaban recibiendo denuncias que llegan a la dirección del partido porque los camaradas más entusiastas de las tesis oficiales les acusan de poco énfasis en la defensa de las tesis congresuales. Y empiezan las reuniones irregulares. De la misma manera que las hacemos nosotros, las hacen todos los demás. Pero solo las nuestras trascienden y se acusa a los dirigentes del Vallés y a Roman, el responsable de Organización de la Ejecutiva, de estar al frente de la fracción afgana, a la que se van añadiendo algunos dirigentes influyentes de Comisiones, entre ellos algunos de nuestros camaradas más próximos.

Ribó, el Guti, Conill y Espasa, en la época del V Congreso.
Fuente: El Viejo Topo



En ese contexto se eligen los delegados, pero a la vez se dibujan las estrategias. Una parte de los *afganos* promueve un golpe de efecto para cambiar la dirección, pero otro sector reclama además de un cambio de dirigentes, un cambio de las tesis políticas. Ambos coincidían en que no se trataba de hacer un vuelco sino de sentar las bases para una modificación progresiva: en el V Congreso, un toque de atención y en el VI, un cambio radical. Como que los camaradas más declaradamente combativos estaban en el Vallés Occidental, el Guti se dedica a recorrer diversas agrupaciones de esa comarca para acabar amonestando severamente a los disidentes. Unos modos que yo ya conocía muy bien y que, en general, siempre le daban muy malos resultados.

Tan malos, que no consigue más que azuzar la tormenta y hacer que se le pierda el miedo. Una parte de los críticos de la dirección incluso llegan a hacer circular manifiestos para recibir un apoyo tácito a sus planteamientos. Toda esa parte crítica en la que me encontraba yo, la mayoría de camaradas de CCOO de l'Hospitalet, la mayoría de los militantes de algunas agrupaciones de la ciudad y un grupo significativo del comité local, queríamos un cambio real, pero en absoluto dividir al partido. Por lo tanto, se trataba de obligar a acuerdos, pero sin modificar demasiado las estructuras de dirección para evitar primero una imagen de fragilidad y segundo, una quiebra que ya no se veía como imposible.

Iniciado el Congreso, Carrillo manda como representantes del PCE a dos miembros de la dirección claramente alineados con nuestras tesis, Ignacio Gallego y Armando López Salinas, en una malévola operación de debilitamiento de la dirección del PSUC, especialmente del Guti, que ha estado sonando en las últimas semanas como un futurible recambio para la secretaria general del PCE en sustitución de Santiago. Cuando Gregorio hace la introducción de la primera sesión del Congreso pide responsabilidad a todo el mundo y aclara que debe ser una exigencia que lo que apruebe el plenario se corresponda con la dirección que se elija, curándose ya en salud sobre lo que se veía venir.

Empieza a vislumbrarse la dureza del Congreso cuando la dirección pierde la primera votación referida a que los apoyos a los electos del Comité Central se hagan públicos y no sean secretos. Votamos al unísono sobre este particular los *afganos* y los *leninistas* y se opusieron los *euros*. Cuando se trata de votar el informe político, diversas intervenciones reclaman la supresión del término eurocomunista del texto y que esta supresión se vote aparte. La dirección se niega para evitar la confrontación directa y se acaba votando el informe político íntegro siendo aprobado por 419 votos a favor, 78 votos contrarios y 282 abstenciones. Solo 59 votos de diferencia entre los oficialistas y los contrarios.



Dolors Calvet, en el mítin del PSUC de la Monumental, tras la legalización

Les toca ahora a los estatutos del partido que sufren en comisión la misma propuesta: que desaparezca el término eurocomunista. Se aprueba en comisión y se lleva al plenario, y allí se produce lo que para unos es una sorpresa aunque para otros era lo previsible: 424 delegados votan por la supresión, 359 votan en contra y otros 21 se abstienen. Ahora, los votos se reducen a 44 pero al revés. El Congreso hierve. Mientras los delegados del cinturón rojo exigen máxima presión, los principales representantes del sector eurocomunista con Solé Tura a la cabeza emiten un comunicado donde afirman que, con este clima, no asumirán ninguna responsabilidad política de dirección y que conviene que el Congreso haga una seria reflexión, ahora que todavía se está a tiempo. A la hora de elegir a los camaradas del Comité Central, López Raimundo y Gutiérrez resultan los más apoyados con 665 y 670 votos respectivamente, lo que equivale a ponerlos en un auténtico brete: dirigir un partido donde han sido elegidos masivamente pero donde sus propuestas han salido derrotadas.

La noche de Reyes, penúltimo día del Congreso, va a resultar muy larga. Tanto el presidente como el secretario general deciden renunciar a ser candidatos y la comisión de candidaturas formada por Celestino Sánchez, Román, López Bulla y Dolors Calvet que había

sido diputada en las constituyentes y que se había mantenido mucho tiempo en nuestra ciudad formando parte del comité local, hacen encaje de bolillos para conseguir una dirección alternativa. Al final, Pere Ardiaca y Paco Frutos acceden a los cargos de presidente y de secretario general y se aprueba su nombramiento por 67 votos favorables y tres abstenciones el primero, y 71 votos favorables y 2 abstenciones el segundo.

Los 101 miembros electos del Comité Central presentes se dividen más o menos en tres partes, las correspondientes a los sectores más representativos: *euros*, *leninistas* y *afganos*. Las cifras con las que han sido elegidos presidente y secretario general cuadran, de modo que el presidente que era claramente de los nuestros y el secretario general que era nítidamente leninista han sido votados por los dos tercios de estos sectores y los que han votado en contra o se han abstenido son, claramente, los eurocomunistas. El partido está profundamente dividido en tres partes y únicamente los que ocupan el centro del tablero, los leninistas, pueden decantar la balanza pactando con unos o con los otros. Los leninistas eran reacios al eurocomunismo, pero no se identificaban tampoco con el estalinismo rampante que se suponía marcaba nuestra tendencia, así que tanto *euros* como *afganos*

Paco Frutos, secretario general del PSUC en 1981



estábamos seguros que eran ellos quienes determinarían el futuro del partido.

La nueva dirección estaba, de hecho, rodeada. A un lado, los eurocomunistas del PSUC. Al otro lado, la dirección del PCE. Dirigentes de ambos espacios reclamaron bien pronto un Congreso extraordinario que pusiera las cosas en su sitio cuando era bien evidente que si en algún sitio estaban las cosas era en el lugar donde las habían puesto los delegados, los representantes auténticos de las bases del partido que habían ido eligiendo en un proceso muy participativo, a sus delegados. Es verdad que la situación surgida del V Congreso era nueva y delicada. Muy delicada, sin duda. Y se da una circunstancia bien curiosa. Muchos cuadros de prestigio se decantan por el eurocomunismo con nitidez y eso les hace tener en general muy buena prensa. Los medios de comunicación critican duramente lo que se supone es una vuelta al estalinismo y a la defensa de la Unión Soviética, en un momento en que la exaltación de la democracia deja en un pésimo lugar a los regímenes autoritarios. Nosotros, en realidad, de la URSS, lo único que valorábamos era lo que había supuesto la revolución y seguíamos aferrados a la conciencia de que si la prensa burguesa criticaba a los soviéticos era porque los soviéticos representaban la sociedad sin clases por la que todos luchábamos. Que esa misma prensa se alineara con el eurocomunismo servía para abrirnos más los ojos por si alguna vez habíamos dudado.

En medio de este atolladero resuena con fuerza la voz de un antiguo camarada de enorme prestigio, el profesor Manuel Sacristán, que se conoce muy bien l'Hospitalet y el cinturón rojo de Barcelona desde que se prestó voluntariamente a dar clases a los obreros en Can Serra. Desde que abandonó la militancia se dedicó a la reflexión y al análisis político, primero desde la revista *Materiales* y después desde la revista *Mientras Tanto*. Precisamente en esta última revista incluye un artículo publicado el 22 de enero en *El País*—que firma toda la redacción de *Mientras Tanto*—haciendo balance de lo que había supuesto el V Congreso que cierra con unas palabras durísimas contra la dirección derrotada y sus tesis: "... el V Congreso del PSUC nos ha refrescado con el agradable espectáculo de la derrota (por fugaz que sea) de un equipo político de pequeños burgueses, profesionales de la palabra, a manos, principalmente, de obreros de la construcción del Vallés y el Bajo Llobregat".

No todos éramos obreros de la construcción, pero esa referencia del filósofo marxista, maestro de pensadores y ejemplo de militante comunista en las peores épocas de la clandestinidad, significaba mucho para quienes nos identificábamos con las tesis vencedoras.

Cuatro días después de cerrado el Congreso se reúne el Comité Central en el que sigue figurando uno de nuestros camaradas más queridos, José Fariñas—también formaba parte del Central, e incluso del Central

del PCE, la camarada Mercedes Olivares, pero nunca se alineó con nuestro sector— y allí se decide rechazar la propuesta del Congreso Extraordinario, aunque se hace un cántico a la unidad y a la integración en una dirección que nos represente a todos. No se conseguirá, porque los eurocomunistas deciden automarginarse de todos los ámbitos y hacer labor de zapa desde las agrupaciones del partido, desde las instituciones municipales y desde los ámbitos donde tienen influencia en CCOO. En l'Hospitalet se vive intensamente la tensión en algunas asambleas convocadas para explicar los resultados del Congreso donde saltan chispas entre la militancia. Unas chispas que no presagian nada bueno. Sobre todo, porque los enfrentamientos se suceden y las medidas sancionadoras no se hacen esperar.

Yo ya tenía experiencia sobrada en ese sentido. Cada vez que me tenía que encontrar con Guti era para recibir una regañina, en ningún caso para agradecerme las horas dedicadas a la lucha sindical o los sacrificios por el partido. Recuerdo que en aquellos años se comentaba mucho una bronca tremenda que Carrillo le dedicó a quien había sido su gran discípula, Pilar Brabo, por un motivo de discrepancia en la dirección. Las lágrimas de Pilar Brabo fueron una afrenta que jamás pudo perdonar. Yo nunca fui discípulo del Guti, más bien todo lo contrario, y no se me ocurrió llorar en su presencia, pero durante años me costó mucho perdonarle aquellas afrentas gratuitas y especialmente desagradables por el tono autoritario y humillante. Precisamente él, que criticaba tanto a los estalinistas de la URSS.

Yo entré como concejal en el Ayuntamiento el tres de abril y una semana después ya vi que aquello no iba conmigo. En uno de los primeros plenos que hicimos ya empeza-

ron las desavenencias cuando Saura me comentó que no faltara a aquel pleno porque se iba a acordar el sueldo de los concejales. Le pedi que me diera datos y cuando me explicó que se trataba de un acuerdo con los socialistas que suponía un salario tres veces superior a lo que cobraba un trabajador normal, me opuse rotundamente junto con Antonio Ruiz y Santi Diaz. El día del pleno hicimos evidente nuestra oposición y entonces se vieron obligados a suspender el pleno momentáneamente. Nos hicieron salir y en el mismo pasillo nos pegaron una bronca monumental. El pleno se reanudó al cabo de un rato y ese acuerdo se aprobó sin nosotros. Otra vez uno de los concejales socialistas convocó en esos primeros días una cena para discutir entre los concejales el reparto de los despachos. A mi aquello de la cena me escandalizó, incluso después de que me convencieran que la cena la pagaría cada uno de su bolsillo. Era una pésima manera de comenzar. Unas pocas semanas más tarde fueron algunos periodistas los que clamaron por el dinero que había gastado otro memorable concejal socialista para renovar su despacho. Pero la primera puntilla llegó a finales de ese mismo mes, cuando estábamos preparando la conmemoración del Primero de Mayo en la ciudad.

Un grupo de camaradas de Santa Eulalia me vinieron a ver para quejarse, a mi, que era concejal comunista y a la vez secretario general de CCOO en l'Hospitalet, de la retención y los empujones que la Guardia Urbana de la ciudad les había propinado cuando estaban pegando carteles por las calles de la ciudad, convocando esa efeméride. No tuve otro remedio que presentarme en el despacho del concejal socialista responsable de la policía municipal junto con una treintena de los com-

pañeros agredidos, para recriminarle aquella acción y recomendarle que controlara mejor a sus subalternos. Lo que había sido un simple aviso de atención, obligado por lo que me parecía intolerable ahora que ya ocupábamos las instituciones, se convirtió en un grave conflicto, porque hubo gritos e incluso empujones. El concejal socialista le comentó mi protesta al alcalde y éste al responsable del grupo municipal comunista, Joan Saura, quien, a su vez, elevó el problema a la dirección del partido en la calle Ciudad. El Guti me citó para pegarme la bronca y para decirme que mis actitudes creaban conflictos con los socialistas y hacían peligrar el pacto de gobierno y que lo mejor sería que dimitiera de concejal para ocuparme únicamente del sindicato. Eso, a las pocas semanas de tomar posesión y cuando todavía los ánimos no habían llegado al punto en que se iban a encontrar solo unos pocos meses más tarde. La verdad es que yo había empezado con muy mal pie y eso se iba a acelerar en muy poco tiempo.

A cualquiera le hubiera parecido increíble que una queja de un concejal comunista por maltrato a militantes nuestros que solo pegaban carteles en las paredes convocando al Primero de Mayo, por muy exaltada que fuera, hubiera significado una ruptura del pacto de gobierno recién inaugurado. La verdad es que tan increíble como ese temor era la reacción tanto del concejal de seguridad como del alcalde como, lo que era muchísimo peor, de nuestro primer secretario y primer teniente de alcalde Joan Saura que no solo me recriminó mi actitud, sino que fue con la historia a la sede del partido dando pie a que el Guti, que ya me conocía de antiguo y con el que sintonizaba fatal, me llamara gravemente la atención e intentara que firmara un escrito en el que re-

conocía mis malos modales. La voluntad era que me amilanara. Que asumiera que, ocupando puestos de responsabilidad institucional, había que ser muy cauto con lo que ocurriera en la calle. Es decir, no se podía ser concejal y al mismo tiempo activista. O todavía peor, no se podía ser concejal comunista y a la vez defensor de los derechos de libertad de los militantes comunistas, reprimidos nuevamente por una policía que, ahora sí, dependía directamente de nosotros. Lo cierto es que empezaron muy pronto a intentar meterme en cintura. Pero si a mi no me había metido en cintura el franquismo más agresivo... cómo me iba a meter en cintura la dirección local de un partido que yo había ayudado a formar...

Ocurrió algo parecido con una asamblea de trabajadores municipales que se hizo también durante los primeros meses. Se reunieron en el vestíbulo y yo, como no podía ser de otra manera teniendo en cuenta mi condición de sindicalista, me acerqué para conocer de primera mano cuales eran sus reivindicaciones. Las explicaron y yo me sentí implicado y les dije que las plantearía a mi grupo municipal porque entendía que tenían buena parte de razón. Me había metido en camisa de once varas, claro, porque una cosa son los trabajadores y otra muy distinta los trabajadores bajo las órdenes de un consistorio de izquierdas. Así que el equipo de gobierno me vino a decir que me metía donde no me llamaban y que aquellos trabajadores municipales eran más de derechas que la UCD.

Llevábamos muy pocos meses y yo ya me sentía cada vez más ajeno a mi colectivo y al conjunto de los concejales. Esto me pasaba a mí que estaba bastante alejado del día a día, pero también le pasaba a Antonio Ruiz que ocupó la concejalía de trabajo e industria y

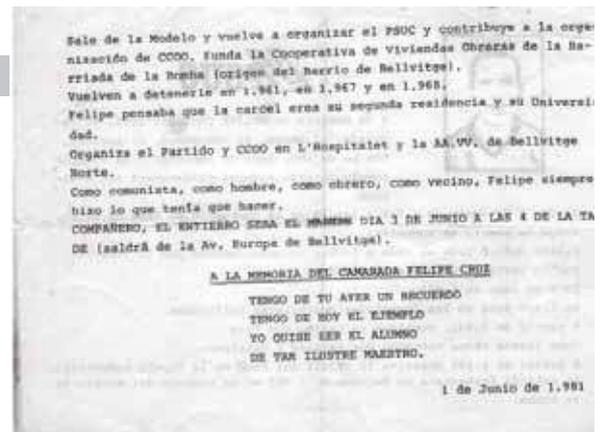
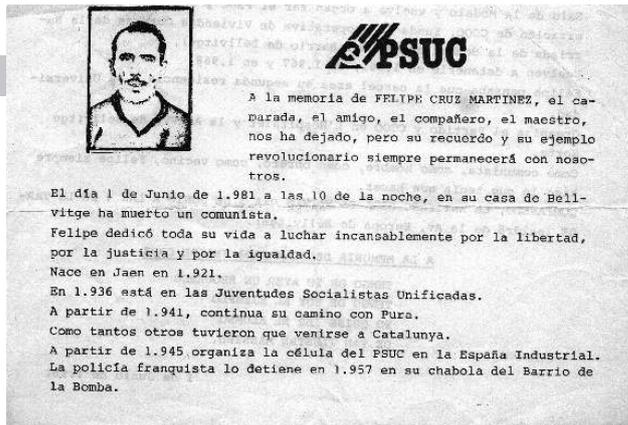
que veía como los concejales socialistas y comunistas daban la impresión de cara al exterior de que funcionaban como un solo organismo, pero en cambio, entre bambalinas, se pegaban puñaladas traperas de mucho cuidado. Era una actitud que, a nosotros, acostumbrados al trabajo unitario en Comisiones, nos desconcertaba bastante. Aunque es cierto que una cosa eran los compañeros sindicalistas de partidos de izquierda e incluso de la UGT y otra muy distinta aquellos militantes socialistas que gobernaban conjuntamente con el PSUC y que tenían un criterio muy distinto de lo que debía ser la democracia que nosotros defendíamos y lo que para nosotros significaba ser los representantes de la gente. Los socialistas del Ayuntamiento, ya desde los primeros días, se convirtieron en un poder muy institucional. Ellos eran los que mandaban y el pueblo no pintaba nada. Ellos estaban por encima del pueblo que los había elegido y, en cambio nosotros, teníamos otra concepción del poder. Nosotros estábamos allí de prestado, por un tiempo, para servir a la sociedad y para llevar a cabo lo que defendíamos en nuestro programa. Y teníamos que hacerlo con otro talante. Una manera distinta a como lo habían hecho los concejales del franquismo. Los concejales socialistas, ya desde el principio mismo, no eran más que los sucesores de los concejales de la dictadura y en muchos sentidos, bastante peores que ellos, porque los franquistas sabían que su poder les había llegado del dedo del gobernador civil, mientras que los concejales socialistas habían estado elegidos por el pueblo.

En este sentido los nuestros, el PSUC municipal, presentaba dos caras muy contradictorias. Sabían que compartían el gobierno con gente con pocos escrúpulos, pero al

mismo tiempo tenían que disimular para no cargarse el gobierno. No querían cargarse el gobierno y lo que consiguieron de alguna manera, fue cargarse el partido...

La sensación era que para gobernar el ayuntamiento hacía falta experiencia y capacidad de gestión. Caramba, los nuestros, la gente de Comisiones ni tenía experiencia ni capacidad de gestión, pero ¿es que acaso la tenían los demás? ¿es que Candel, o Arjalaguer, o el propio Saura, o Aragay tenían experiencia y demostrada capacidad de gestión? Claro que no. Eran más técnicos, hablaban mejor, tenían más cultura... pero experiencia y capacidad de gestión, la misma que podía tener Antonio Ruiz. En cambio, Antonio Ruiz tenía una honradez personal a prueba de bombas. Le llegaron a ofrecer, un industrial con el que se entrevistó en una ocasión, le llegó a ofrecer un coche y un piso para sus hijas. Lo echó de su despacho, claro... No sabemos de otros casos parecidos... ¿Solo intentaron comprar a Antonio? Que cada cual piense lo que quiera...

Con este clima de enfrentamiento interno y de crítica feroz nuestra hacia lo que estaban haciendo los socialistas en el ayuntamiento, fueron pasando los meses y se fueron enconando más y más las posiciones. Y llegó el 23 de febrero de 1981, dos meses después de la dimisión de Suárez y con los felipistas en la cresta de la ola, negociando oscuramente, como se ha sabido después, con el general Armada y quien sabe con quien más. Tanto en el partido como en Comisiones se deciden dos cosas: esconder la documentación y desaparecer de los circuitos habituales durante las primeras horas, no fuera caso que nos descabezaran... Siempre hemos sido unos idealistas: difícilmente nos podían descabezar más de lo que ya lo estábamos. En el partido,



Arriba, anverso y reverso de la octavilla que se hizo para dar a conocer la muerte de nuestro camarada y amigo Felipe Cruz. Abajo, la concentración el día del entierro frente a su domicilio



en general, y en el partido de l'Hospitalet en concreto, había ya casi tantas cabezas como militantes.

Aún así, se convoca de urgencia por la noche una reunión en el Aula de Cultura de La Florida, con miembros de todas las organizaciones de izquierda y se decide salir a la calle de madrugada para informar a los trabajadores del peligro de involución, pero, a su vez, de la capacidad de resistencia de la izquierda. Salen a la calle los compañeros del PSUC —incluso ex-camaradas—, de CCOO y de los partidos de la izquierda. No recuerdo a nadie más.

Acabada la intentona se acentúan todavía más las tensiones. En l'Hospitalet las diversas asambleas de las agrupaciones ponen en evidencia la fractura existente en el interior del partido. Ocurre igual en el Vallés, en el Baix Llo-

bregat, en el Barcelonès Nord... Carrillo, que llevaba una notable carrera de desprestigio por los enfrentamientos internos en el ejecutivo del PCE consigue, a partir de su valiente actitud en el Congreso tras la entrada de Tejero y los guardias civiles, retomar el liderazgo y amenazar al PSUC con su inasistencia al Congreso del PCE que se prepara para julio si la dirección no replantea de nuevo la cuestión del eurocomunismo.

Por cierto que, en el primer día de junio de este año en medio de esas controversias, nos llega la dolorosa noticia de la muerte, en su casa de Bellvitge, del camarada Felipe Cruz, un ejemplo para todos nosotros. Su entierro se convierte en un homenaje a su persona y a todos los comunistas que lo dieron todo por el combate por la libertad. El féretro se trasladó a hombros de los compañeros hasta su



El Mundo Obrero diario, subtítulo "un diario para el pueblo", resultó un estrepitoso fracaso

última morada, en una manifestación de duelo como no se había conocido nunca en la ciudad, en la que se concentraron más de dos mil personas entre vecinos, familiares y amigos.

Volviendo a la contienda política, un poco antes de la preparación del Congreso, el ejecutivo del PSUC aprueba un "Documento político del Comité Central sobre la superación del estado excepcional del partido" en el que se plantea de nuevo el retorno al eurocomunismo. Cuando se debate en el Comité Central se produce el escándalo: insultos, indignación y tensión desatada que posibilita la aprobación del documento con el voto contrario de 33 miembros del sector que todo el mundo caracteriza con los pro-soviéticos en el que nos encontramos la parte de Comisiones del comité local y de la Unión Local de CCOO y el camarada Fariñas que es uno de los miembros del Central que vota en contra. Acaba de producirse algo insólito que no tiene precedentes y que supone una quiebra notable del funcionamiento orgánico de un partido comunista: un Comité Central modificando un acuerdo del Congreso del partido. Los leninistas y los eurocomunistas unen sus fuerzas y consiguen el principio de la ruptura. Gana el eurocomu-

nismo, pero a costa de desautorizar a un Congreso o, lo que es lo mismo, de llevar el partido a su propio suicidio.

El principal ejemplo se da en la misma dirección: el presidente Ardiaca y los miembros del Ejecutivo, Trives y Román, afirman que no acatarán lo acordado. Un nuevo Comité Central del 4 de julio insta a Ardiaca a rectificar su posición que se ha hecho pública en los medios. Ardiaca se niega y una votación mayoritaria del Comité con 58 votos a favor, 33 en contra y una abstención, lo destituye del cargo. La Conferencia Nacional que se convoca para los días 10 a 12 de julio en Sants, aprueba la incorporación del eurocomunismo y algunos representantes de ese espacio, como Solé Tura, son agredidos por reconocidos sindicalistas de CCOO del Baix Llobregat. La Conferencia se divide. Una parte de los delegados lucimos pegatinas donde se lee "Soy comunista" diferenciándonos claramente de la otra media parte de la Conferencia que tan solo son "eurocomunistas".

Lo que pasa en Cataluña se reproduce a escala estatal. El PCE está en declive. La operación de convertir el *Mundo Obrero* en diario, ha resultado un fracaso económico —y por lo

Reproducción de una página de *Servir al Pueblo*, el periódico del Movimiento Comunista, haciéndose eco de la crisis del EPK



tanto político— espectacular; la militancia no para de decrecer e incluso la militancia y los delegados de CCOO pierden posiciones frente a una UGT que empieza a tener presencia activa en muchas grandes empresas, con el apoyo del aparato del PSOE, al alza. Las conferencias regionales de Andalucía y Madrid no permiten presagiar nada bueno en el Congreso del 28 de julio. También en el PCE hay tres sectores que se disputan la hegemonía: el de los renovadores, alineados con los eurocomunistas catalanes, que reúnen aproximadamente un tercio de los delegados, el de los pro-soviéticos con apenas un 10% y el sector oficialista de Carrillo que apenas alcanza el 46% del Congreso. Cuando se elige el Comité Central se reducen los miembros de 160 a 104, de los cuales solo 16 son renovadores. Santiago Carrillo es el quinceavo más votado. La Pasionaria, Camacho, Sartorius, Lali Vintró y Solé Tura son los cinco primeros, pero Carrillo vuelve a ser elegido Secretario General.

La deriva del PCE está en su momento álgido. Carrillo no tardará nada en suspender el comité central del EPK, el partido comunista vasco, después de que tras su IV Congreso acuerde una fusión con EuskadiKo Ezkerra del ex-etarra Mario Onaindia, uno de los enjuiciados en el Proceso de Burgos de 1970. Su secre-

tario general, Roberto Lertxundi, es expulsado poco después y los renovadores del PCE se sublevan convocando un acto en Madrid con la presencia de Lertxundi y Onaindia. El grupo de *Nuestra Bandera*, la revista teórica del partido se encuentra tras el sector de los renovadores y sus máximos representantes, dirigentes reconocidos del partido y hasta hace cuatro días muy próximos a Carrillo, son expulsados durante la reunión del Comité Central del PCE del 12 de noviembre, tras la velada amenaza de dimitir del cargo de secretario general si no se aplican las expulsiones. Con los seis dirigentes —Azcárate, Zaldívar, Bravo, Arroyo, Mangada y Segura— son expulsados otros cinco concejales comunistas del ayuntamiento de Madrid aunque Sartorius, Camacho y Solé-Tura, que se muestran críticos con los renovadores, se pronuncian sin embargo en contra de las expulsiones.

El PSUC en su conjunto se muestra sorprendido, pero no reacciona y una parte importante de la militancia, se manifiesta confusa y decepcionada. En un año, ha perdido 4.500 militantes, un 20% del total, y la sangría no parece detenerse. Se han acabado los sorprendentes éxitos de la Festa de Treball de los últimos años de la década. Cuando se organiza la de 1981, ya se pone de manifiesto el



La Festa de Treball marcaba para el PSUC el inicio del curso político y fue un exponente de la fuerza del comunismo catalán de estos años. Declinó, sin embargo, a inicios de los 80. En la imagen, el cartel que anunciaba la edición de 1981

desencanto y la poca participación, empezando por el número de stands que son una tercera parte del año precedente, que ya había resultado un año flojo. Una parte de la militancia boicotea el míting central y la dirección encaja el golpe, pero con muy poca visión de futuro. En lugar de impulsar una reflexión distanciada de los aspectos más duros de la crisis, adopta la posición contraria, muy semejante en este sentido a la del criticado Carrillo. Cuando se reúne el Comité Ejecutivo es para decidir un paquete de medidas, a cuál más alarmante. Desautoriza la composición del comité comarcal del Baix Llobregat, plagada de gente nuestra elegida de manera totalmente regular, y refuerza la medida expulsando de ese mismo órgano de dirección —el Comité Ejecutivo— a Juan Muñiz y a Juan Ramos. Decide, así mismo, que las desavenencias entre los comités locales y los grupos municipales de esos mismos municipios sean derivados al Ejecutivo y no se resuelvan por las direcciones locales del partido como sería lógico, al mismo tiempo que determina su intervención en cualquier órgano del partido a cualquier nivel para, de ese modo, desactivar la intervención de las bases en los asuntos que afectan a la política local. En este mismo sentido dicta que las organizaciones de Mataró, Sant Cugat, Rubí i Te-

rrassa pasen a depender directamente del Ejecutivo y anuncia la adopción de medidas disciplinarias contra los dirigentes que muestren en público sus discrepancias con la línea oficial. Finalmente se contempla la necesidad de proponer un Congreso Extraordinario, cuya organización se debatiría en la reunión del Comité Central convocada para los días 7 y 8 de noviembre de ese mismo año.

La ruptura está anunciada. El Comité Central aprueba la convocatoria del VI Congreso y las normas y los materiales que lo van a regir, pero el clima ya se ha hecho irrespirable. El 7 de diciembre de ese año, 26 miembros del Central, con Roman y Maragrita Abril a la cabeza, presentan en rueda de prensa el manifiesto "En defensa del PSUC", donde se denuncia además la sobrerrepresentación en la elección de delegados para el VI Congreso. En el Comité Central que se reunirá dos días después, el secretario general Paco Frutos da a conocer públicamente las notas tomadas por un asistente a una reunión, que ellos tildan de fraccional, donde se promueve la elección de un organismo coordinador de nuestras tesis con nombres y apellidos: Ardiaca, como presidente; Paco Trives, como responsable de Organización; Farré, como adjunto de Finanzas y Organización; Marià Pere, en Política Mu-



L'Hospitalet, 8 de Diciembre de 1981.

A TODOS LOS MILITANTES DEL PARTIDO

Fras tener este Comité Local conocimiento de la convocatoria de una reunión de militantes convocada mediante escrito y con las firmas de los camaradas: Juan Salvador Agrupación Santa Eulalia, Santiago Ofar y J. Cupido de la Agrupación Centro-San José, José Farinas de la Agrupación Can Serra, J. Valls y M. Ruerte de la Agrupación Bellvitge, Ruperto García de la Agrupación de la Florida, Sanchez Godoy de la Agrupación de Colibiano y A. Damián ex-militante de la Agrupación Can Serra, cuyo orden del día sería la valoración de las resoluciones del C.C. del día 9-12-81 y de la situación del Partido.

Valora:

- 1.- Desautorizar esta reunión, por estar convocada de forma irregular por no tener estos militantes atribuciones para ello, habiéndose hecho a espaldas de los órganos de dirección del Partido.
- 2.- De celebrarse esta reunión se inscribe en un claro trabajo fraccional dirigido a crear las condiciones para una escisión en el seno del Partido.
- 3.- Llamamos a todos los militantes a mantener una actitud responsable que nos permita abordar la actual situación y el período precongresual en las mejores condiciones para el libre debate político, para lograr un Congreso de unidad, clarificación y cohesión.
- 4.- En estos difíciles momentos políticos, maniobras tendentes a debilitar al Partido de los Comunistas Catalanes, debilitan el proceso democrático, la fuerza y organización de la clase trabajadora y las masas populares.



5.- Nuestro Partido ha superado en su pasado difíciles situaciones internas como la actual. Como fueron la elaboración de la política de reconciliación nacional, de pacto por la libertad, la condena de la invasión de Checoslovaquia, etc... Que en su momento produjeron tensiones y escisiones, pero no obstante el PSUC ha sabido recuperar la iniciativa política y su presencia en el seno de la sociedad catalana.

6.- Este Comité Local ha puesto de conocimiento del C.C. esta convocatoria irregular y antidemocrática exigiendo responsabilidades estatutarias para los militantes convocantes.

COMITE LOCAL L'HOSPITALET



Circular del Comité Local de diciembre de 1981

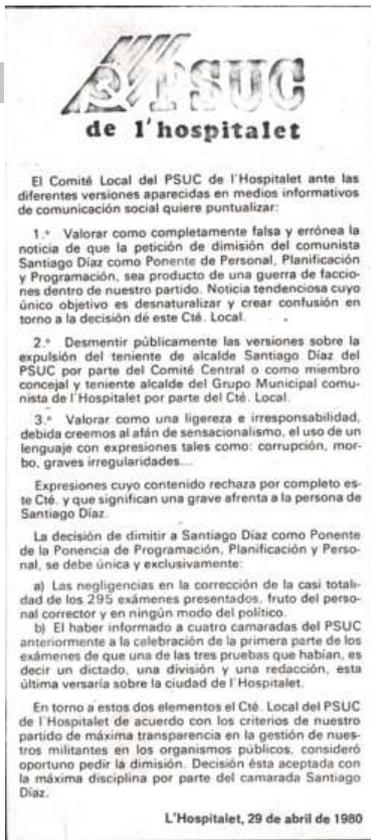
nicipal; Celestino Sánchez, en Profesionales e Intelectuales y Juventud; Clemente, en Movimiento Obrero; Leopoldo Espuny, en Internacional; Juan Muñiz y Quim Boix, como delegados del Baix Llobregat y Barcelona respectivamente, Roman, sin cargo asignado, y uno bien próximo, de la Unión Local de l'Hospitalet de CCOO —y que había sido a la vez concejal— Santi Díaz, (también como responsable de Finanzas).

Como consecuencia de los datos que aporta Frutos, el Comité Central, que se mantiene reunido ese día hasta las seis de la mañana, decide la expulsión inmediata de todos los miembros del organismo coordinador que son miembros del Central, excepto Díaz, con el añadido de Chema Corral; la suspensión de militancia por seis meses de otros 15 miembros, entre los cuales cabe destacar a José Farías y Esteban Cerdán, y la separación por tres meses de Justiniano Martínez, Valdivieso y Cinta Llorens. A José Estrada, a Santi Díaz y a mi mismo, se nos abre un expediente discipli-

nario y se suspende también la actividad política de los comités comarcales del Vallés Occidental y del Baix Llobregat y en Lleida se suspende la intercomarcal y se asume la dirección del comité local de la ciudad.

En las próximas horas, el Ejecutivo, en una operación que es un claro exponente de la situación a la que se ha llegado, registra el nombre del PSUC y de otras siglas y denominaciones políticas. Y nuestro sector hace un llamamiento a desoir los acuerdos, a no aceptar las expulsiones y a ocupar pacíficamente los locales, a la vez que se eleva un recurso a los órganos de control del partido. En los siguientes días se darán a la publicidad un manifiesto de la dirección: "El PSUC en defensa del PSUC" y otro de intelectuales y profesionales en contra del trabajo fraccional y a favor del contenido programático del V Congreso que pondrán en evidencia la pluralidad de sensibilidades. Pero también el clima irrespirable.

En nuestra ciudad, el Comité Local del PSUC envía en fecha 8 de diciembre, un día



Inserción de un anuncio del Comité Local del PSUC en Mundo Diario, donde había salido la noticia, aclarando el contencioso Díaz

después de la reunión del Comité Central, una circular a todos los militantes desautorizando una reunión convocada por nueve camaradas, entre los cuales Fariñas, Díaz y yo mismo, además de Juan Salvador, J. Cupido, M. Puerta, Ruperto García, Sánchez Godoy y A. Damián, de las agrupaciones de Santa Eulalia, Centro-Sant Josep, Bellvitge, La Florida, Collabanc y Can Serra respectivamente; explica que ha dado cuenta de esta reunión al Comité Ejecutivo y llama a la responsabilidad de los militantes para abordar el período precongresual que se abría, con la máxima normalidad para conseguir un escenario de unidad. En el comunicado califica al partido como el "Partido de los Comunistas de Cataluña" y explica que el partido ya superó fases de crisis interna como consecuencia de algunos hechos y de sus repercusiones políticas. Y los cita: la política de reconciliación nacional, la condena por la invasión de Checoslovaquia, el pacto por la libertad... todas aquellas propuestas polémicas

que produjeron escisiones y desunión. Estaba claro que se señalaba con el dedo índice y que la situación solo podía acabar como acabó.

Mientras tanto, la crisis en el grupo municipal comunista no hacía más que crecer y se precipitó cuando trascendió a la prensa, justo al año de las primeras elecciones democráticas, que el Ponente de Personal, Planificación y Programación, Santi Díaz, había filtrado a cuatro camaradas del partido información sobre unas pruebas para acceder a sendos puestos de auxiliar administrativo en el ayuntamiento. La información que apareció, entre otros, en *Mundo Diario* explicaba el trasfondo de la noticia. Santi Díaz era un destacado dirigente de CCOO miembro de la Unión Local y afín a nuestro sector y su petición de dimisión, reclamada por los socialistas y aceptada por los miembros del grupo municipal comunista sin rechistar, suponía un varapalo a nuestras propuestas. El escándalo fue mayúsculo. No porque Santi filtrara información sobre los

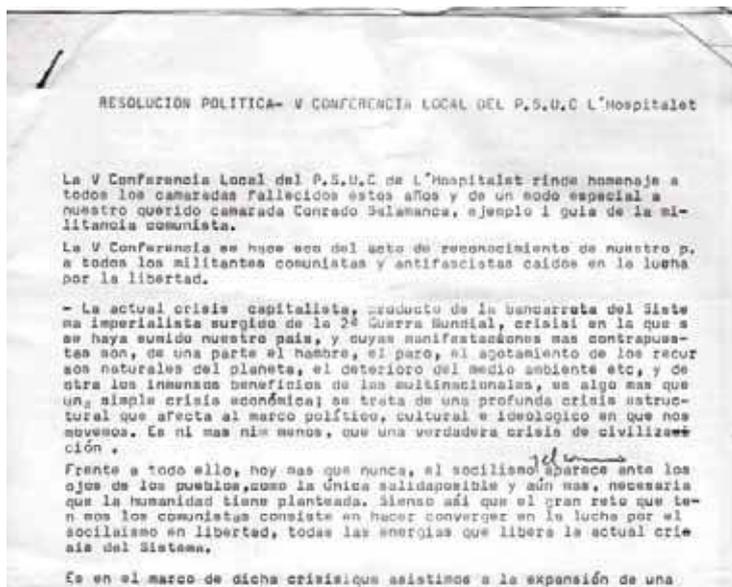
Folleto de la candidatura del PSUC local para las municipales de 1979. La encabezaba Candell y seguía el orden de las fotografías. Fue concejal hasta Rafael Ruíz, el 21 de la lista



exámenes sino porque a los camaradas a los que les llegó la información y acudieron a los exámenes, fueron con la noticia al Comité Local y, necesariamente, los socialistas se habían tenido que enterar de la filtración por nuestros supuestos compañeros. Santi lo tenía muy mal pero el Comité Local también, porque la noticia en prensa no dejaba ninguna duda sobre el auténtico motivo de la petición de dimisión del concejal comunista: la batalla interna entre *euros* y *afganos*. Tanto fue así, que el Comité Local se vio obligado a publicar un anuncio en el mismo medio puntualizando la noticia. Y mintiendo sin ningún descaro: "El Comité Local del PSUC de l'Hospitalet [...] quiere puntualizar: 1. Valorar como completamente falsa y errónea la noticia de que la petición de dimisión del comunista Santiago Díaz [...] sea producto de una guerra de facciones dentro de nuestro partido. [...] 3. Valorar como una ligereza e irresponsabilidad [...] el uso de un lenguaje con expresiones tales como: corrupción, morbo, graves irregularidades." Y al final se explican los motivos para pedir la dimisión: a) las negligencias en la corrección de la casi totalidad de los 295 exámenes presentados, fruto del personal corrector y en ningún modo del político. b) El haber informado a cua-

tro camaradas del PSUC anteriormente a la celebración de la primera parte de los exámenes de que una de las tres pruebas que habían, es decir un dictado, una división y una redacción, esta última versaría sobre la ciudad de l'Hospitalet."

Al final la decisión fue irrevocable y Santi tuvo que dimitir en octubre de 1980. Sería el primero de una larga serie de concejales que acabarían dimitiendo tras la ruptura —una manera encubierta de resolver la crisis larvada con la expulsión de quienes estábamos en contra—, de modo que la lista tendría que llegar por lo menos hasta el número 16. (Luego hubo más dimisiones, por otras causas, creo recordar). A Santi Díaz le había de sustituir Antonia Nieva, de la agrupación de Santa Eulalia y alineada con el sector oficialista. Era una arquitecta recién llegada a la ciudad y profesora de FP en su barrio, que dejó que corriera la lista para que entrara Montserrat Perelló, una joven del sector oficialista que no llegaba a los 25 años y que apenas se mantendría un año como concejal. Fue substituida por Salvador Pastor, de La Florida, que se había presentado en las listas con el número 15. Si de los 11 concejales comunistas iniciales, solo tres podían considerarse claramente de los nuestros, con



**Resolución política de la V Conferencia local.
18 de mayo de 1980. Fue aprobada por 86 votos
a favor, 4 en contra y 28 abstenciones**

la dimisión de Santi, la mayoría de oficialistas era total. No tardaría en dimitir yo (lo hice antes de la Navidad de ese mismo año 1980) porque mi situación en el ayuntamiento era muy complicada e insatisfactoria y porque en mi caso quien me había de substituir era Mariano Aragón que era otro de los nuestros. A Antonio Ruiz y a Mariano los obligarían a dimitir en abril del 82, cuando la ruptura se había confirmado y ambos eran militantes del PCC. Correría la lista incorporándose Jordi Guillot, a la sazón responsable político del PSUC local, y Rafael Ruiz, un jubilado de La Florida que para entonces ya tenía más de 70 años. Ruiz era el número 21 de la lista del PSUC a las municipales del 79. Hubo, por lo tanto, 16 concejales distintos y otros 5 candidatos que dejaron que corriera la lista porque no tenían intención de ser concejales.

Entre paréntesis, y como curiosidad, el primer concejal en dimitir de los elegidos en el primer ayuntamiento de la democracia fue el socialista García Grau que no llegó a celebrar el año como electo. Más tarde también dimitiría la socialista Fina Martínez en julio del 81, en ambos casos por discrepancias internas. También los dos concejales centristas (CC- UCD) acabarían dimitiendo. Uno, fue substituido en

abril del 82, pero el cabeza de lista no llegaría a ser substituido porque dimitió unos pocos meses antes de las elecciones de mayo del 83. También el cabeza de lista de CiU, Enric Vila de la Hoz, dimitió en abril de 1981. Así que en aquel primer ayuntamiento democrático hubo hasta 37 concejales distintos.

Cuando se convoca la IV Conferencia local ya se ha producido la ruptura total en el comité local. Jordi Guillot, que era miembro de la Unión Local de CCOO, responsable del sector de Sanidad porque era camillero en la Residencia de Bellvitge, y que se suponía que era de los nuestros, se alineó muy pronto con el sector *euro* y se convirtió en el siguiente secretario político en sustitución de Saura que renunciaba al cargo orgánico para dedicarse por entero al Ayuntamiento. Aquello supuso un golpe para muchos de nosotros, que no nos esperábamos tamaña desertión. No fueron muchos los que nos dieron la espalda en aquellos momentos complicados, pero los que lo hicieron provocaron mucho malestar por lo inesperado. Guillot terminaría en la ejecutiva de Iniciativa per Catalunya y haría una considerable carrera política como senador hasta bien entrado el siglo XXI. Nunca más trabajó en Sanidad, claro.

En la V Conferencia local, convocada para mayo de 1980, el descontento de la militancia era ya muy grande. En abril se pasó una propuesta política para que la firmaran los camaradas denunciando la inoperancia del comité local y reclamando la constitución de una mesa que elaborara el Orden del Día de la Conferencia y que sentara las bases para nombrar un comité local representativo de la militancia capaz de fijar pautas para el grupo municipal y para la política comunista en el movimiento obrero y popular. Si en mayo era la V Conferencia del PSUC local, para junio teníamos prevista la II Conferencia de la Unión Local de CCOO, año en que se llegaron a superar los 20.000 afiliados y donde de nuevo soy elegido secretario general.

Desde el principio, la labor municipal resultó mucho más complicada de lo esperado. Mientras de cara a fuera todo eran buenas palabras, en el trabajo conjunto con los socialistas, en el interior del partido, las críticas eran furibundas. Nuestros dirigentes del comité local comprometidos con la línea oficial del Comité Ejecutivo, entre los que se encontraba la mayoría de los concejales desde Candel hasta Arjalaguer, pasando por Saura y Mercedes Olivares, tenían una indudable vocación ciudadana y para ellos, el trabajo institucional resultaba a todas luces prioritario en esos momentos. Nosotros, que proveníamos del movimiento obrero, y que solo circunstancialmente dábamos apoyo al movimiento popular en los barrios, concebíamos el trabajo institucional como un instrumento que debía correr paralelo a las reivindicaciones de la ciudadanía comprometida. Encima, el trabajo institucional en el ayuntamiento se veía claramente limitado por la mentalidad reformista de los compañeros socialistas que lo circunscribían todo

a unas leyes que, en aquellos momentos, obstaculizaban más que facilitaban la solución de los problemas. Además, los socialistas, a ojos de los nuestros, eran unos auténticos advenedizos cuando no unos oportunistas que se beneficiaban del voto popular para hegemonizar el poder. Lo cierto es que no nos entendíamos en el trabajo conjunto, cosa que en nuestro caso se podía entender porque veníamos de culturas y realidades distintas, pero que resultaba más sorprendente en relación con los camaradas euros. Nosotros proveníamos de la cultura de la resistencia y decíamos entonces que ellos se habían pasado 40 años de vacaciones. Eso nos daba una legitimidad de servicio: nosotros, si accedíamos a las instituciones era para servir a la clase trabajadora, no para servirnos de sus votos en beneficio propio. Yo no podría decir si muchos concejales de entonces —socialistas y nuestros— accedieron al Ayuntamiento más con voluntad de bregar que de servir, pero lo que era cierto es que los prejuicios al respecto nos distanciaban. Nosotros nos fiábamos poco de los socialistas de última hora, pero también de los comunistas de la penúltima hornada y aquel ayuntamiento estaba formado mayoritariamente de socialistas de última hora y de comunistas de la penúltima hornada. No estaba bien la sospecha —la distancia temporal nos obliga a reconocerlo—, pero resultaba prácticamente inevitable. No era tampoco casualidad o al menos nos lo parecía en aquel momento, que la gente del movimiento obrero fuera la primera que se comprometió con las luchas y con las reivindicaciones, y la que menos pugnaba por estar en las instituciones. Con el tiempo y la distancia, todo eso ahora no es tan evidente, pero entonces nuestra percepción era exactamente esa. Por eso desconfiábamos de los "compa-



Informe diagnóstico sobre la situación de Flobus

ñeros socialistas" y nos costaba trabajar con los "camaradas euros". De hecho, en el ayuntamiento, las cosas que más nos interesaron tenían que ver con servicios que unían las reivindicaciones vecinales y las reivindicaciones obreras. El caso de Flobus, fue, en este sentido, el más notable. Desde 1978, la empresa Autos Florida SA, que venía controlando el servicio regular de pasajeros en los barrios de l'Hospitalet, especialmente de la zona norte, entró en una grave crisis, con problemas económicos y laborales que provocaron el rescate de la concesión en puertas de los nuevos ayuntamientos democráticos. Ese rescate para evitar la quiebra, la desaparición del servicio y el despido masivo de los trabajadores, supuso una inyección de capital, el cambio de nombre de la compañía, de Autos Florida a Flobús, y un pacto de compromisos con los administradores que fueron sistemáticamente vulnerados. La empresa incumplió su parte, utilizó los recursos municipales en beneficio propio y facilitó un expediente de crisis que era exactamente lo que se pretendía impedir. Se pagaron más de 300 millones de las antiguas pesetas y, en plena crisis y con el ayuntamiento en nuestras manos, se pactó con la empresa una deuda municipal de otros 200 mi-

llones, lo que llevó a iniciar los trámites de municipalización que, de golpe, fueron paralizados *sine die*.

Yo fui uno de los que reclamó con toda la energía, la municipalización de la empresa, puesto que el ayuntamiento la había saneado y los empresarios la habían ido descapitalizando sobre la base de no renovar los vehículos ni las instalaciones durante años, pero no hubo manera. Los socialistas se opusieron y los concejales del grupo municipal comunista se doblegaron. Aquello me supuso un nuevo enfrentamiento con el grupo municipal. Otro más a añadir al largo capítulo de desavenencias.

Por esas mismas fechas, el 11 de julio de 1980, la lucha por la erradicación de La Farga, la factoría de Altos Hornos de Catalunya que ocupaba toda la manzana entre calle Alpes, Isabel La Católica, Barcelona y Girona y que hacía décadas provocaba enormes molestias a los vecinos por los ruidos en la manipulación de la chatarra y los intensos humos por la eliminación de las pinturas en su conversión a material fundido, entró en su fase definitiva. Los vecinos llevaban meses de batallas continuas contra la factoría y el ayuntamiento se puso en este caso decididamente al lado del



Jaume Valls con una brecha en la cabeza causada por la policía y el jersey todavía ensangrentado, a la salida del Hospital de Bellvitge

MINISTERIO DE SALUD Y SEGURIDAD SOCIAL
 INSTITUTO NACIONAL DE LA SALUD
 Ciudad Sanitaria de la Seguridad Social
 "Príncipe de España"
 RESIDENCIA GENERAL
 HOSPITAL DE BELLVITGE

INFORME DE ASISTENCIA

Apellidos: VALLS PEULASCH Nombre: TRIME
 Asegurado N.º: _____ Historia Clínica N.º: _____
 Fecha ingreso: _____ Fecha salida: _____
 Atendido por el Dr. GUARDIA Servicio de TRAUMATOLOGIA
 Se informa al Dr. de PASEGOSA Fecha 9-7-80

Honda cerrada con unos cabezudos
 sutura y una topa
 C.C. P.T.
 Se sigue sig. dnto

COMUNICATORIA A UNA JORNADA DE LUCHA EL DÍA 11 POR LOS CHAVES HECHOS DE "LA FARGA"

Los vecinos del barrio de San José llevan más de 4 semanas de lucha por la total eliminación de los humos y ruidos de la empresa "La Farga", así como de su reubicación del centro de la Ciudad de L'Hospitalet en un futuro.

La lucha se apoyó por el Ayuntamiento a través de gestiones con el Gobierno Civil y con la Generalitat, para conseguir la eliminación de los humos que últimamente están significando un grave peligro para la salud de los ciudadanos y los trabajadores de la fábrica.

En todo este proceso, la actitud de la Empresa "Farga" ha sido la de intentar enfrentar a vecinos, Ayuntamiento y trabajadores de dicha Empresa, alegando que la justa reivindicación del barrio de vivir sin humos y ruidos significaría la pérdida de sus puestos de trabajo. Denunciamos también la actitud de indiferencia del Concejal de la Ciudad de la Generalitat de C. B., para arbitrar cualquier tipo de mediación entre las partes afectadas, actitud del todo irresponsable y que tan lamentables consecuencias ha tenido.

El Gobierno Civil, dentro del más viejo estilo franquista, ha respondido a las peticiones de Ayuntamiento y vecinos para la solución del problema con el envío de comités contingentes policiales, los cuales cinco días vinieron acompañados por la manifestación pacífica de los vecinos, agrediendo al alcalde en funciones de L'Hospitalet, Ismael de Cataluña, hirviendo al Secretario General de CCOO de L'Hospitalet, a un Policía Municipal y a un vecino, los cuales han tenido que ser atendidos de urgencia en la Unidad de Bellvitge. La actuación de la policía llegó hasta el extremo de dispersar por las gomas y botas de goma contra los vecinos que presenciaban los acontecimientos desde las ventanas y balcones.

Las fuerzas políticas, sociales y sindicales con la adhesión del Concejal, ante estos sucesos manifestamos nuestra más firme condena por la actuación de las FOP y del Gobierno Civil, así como por la irresponsabilidad del concejal de industria, en tanto en cuanto representa un atentado a la institución democrática Municipal y al derecho de manifestación y de defensa de la salud y condiciones de vida en nuestros barrios; llamamos a todos los trabajadores, comerciantes y ciudadanos de L'Hospitalet, a una jornada de lucha para el día 11 de Julio, concretada en:

- Paralización de las actividades laborales y comerciales a partir de las 17 horas (5 tardes) del viernes día 11.
- manifestación de todos los vecinos de L'Hospitalet delante de la empresa "La Farga", calle Isabel la Católica, el viernes día 11 a las 20 horas (9 tardes).

A.V. de San José - PSC - PSC (Pao-Peoni) - MCU - EHC - SEAN - HS - ICR - PCHMI - JCC - OMC - UMT - CCOO - Coordinadora de Jubilados - AV Cas. Serra - AV Bellvitge - AV Cas. El - AV Centre - AV la Florida - AV Sta Eulalia - AV Bellvitge - AV Polígono Gornal - AV Collblanc/Torreles
 Excmo. Ayuntamiento de L'Hospitalet.

L'Hospitalet, 10 de Julio de 1980

Sobre estas líneas, el parte de asistencia médica y la hoja volante que se distribuyó en la población para responder por los graves incidentes del día anterior

vecindario que, noche tras noche, bloqueaba las puertas, impedía el desarrollo normal de los trabajos y se manifestaba reclamando el cierre y traslado a unos terrenos de Sant Andreu de la Barca que la empresa había adquirido en previsión del obligado traslado.

Como broche final de un ciclo de manifestaciones vecinales, tuvo lugar una enorme concentración de vecinos a las puertas de la factoría que fue reprimida duramente por los antidisturbios. Hay que decir que al frente de los manifestantes estuvo en esta ocasión el ayuntamiento y especialmente la gente de CCOO que entendíamos el problema de los vecinos, pero también el de los trabajadores que reclamaban que el traslado se hiciera en condiciones y sin disminución de la plantilla. En

aquella concentración hubo enfrentamientos con la policía y yo terminé en el hospital de Bellvitge con una brecha en la cabeza, pese a que me identifiqué como concejal municipal y como secretario local de CCOO. Aquella fue una de las últimas concentraciones de vecinos porque muy poco después se anunció el traslado definitivo, sin merma para los puestos de trabajo.

Y también una de mis últimas actuaciones como concejal. Mi marcha y la de todos los nuestros que comenzó con Santi Díaz bastante antes de cumplirse los dos años y que fueron seguidas de la mía, la de Antonio Ruiz y la de Mariano Aragón antes de que acabara 1982, no sirvió para pacificar el trabajo municipal. Era complicado, por las propias condicio-



Viaje a Rusia y Ucrania de miembros de la ejecutiva de la CONC. En las fotografías se pueden ver a Jaume Valls, Alfred Clemente y Paco Frutos, con barba, entre otros sindicalistas y miembros de la delegación soviética



nes en que nos incorporamos a las tareas municipales, sin recursos, con unos déficits extraordinarios, sin leyes adecuadas... y se complicó todavía más cuando a las enormes diferencias con los socialistas hubo que añadir nuestras disensiones internas. Los que se mantuvieron hasta el último día hicieron probablemente todo lo que pudieron, pero en realidad pudieron muy poco, como no fuera justificar en buena parte el trabajo que defendían los socialistas que, a la postre, les daría una mayoría muy holgada en mayo de 1983.

En marzo de 1980 tuvieron lugar las primeras elecciones al Parlament de Catalunya. Los comunistas del PSUC veníamos de un descenso moderado, pero en plena trifulca que trascendía a los medios de comunicación. Contra todo pronóstico, la Convergencia i Unió de Jordi Pujol, que había hecho los deberes en 1978 convirtiéndose en una federación estable de partidos nacionalistas, consiguió el primer puesto con más de 750.000 votos. El PSC de

Reventós y el PSUC, al frente del cual habíamos presentado al historiador católico Josep Benet, habían obtenido respectivamente más de 600.000 votos y más de medio millón. De modo que la izquierda había conseguido más de 350.000 votos de diferencia, al que se le podían adscribir los más de 70.000 votos del Partido Socialista Andaluz. Solo con un gobierno de coalición entre el resto de fuerzas presentes en el hemiciclo, los centristas de Cañellas y los republicanos de Heribert Barrera, se hubiera podido conseguir una mayoría holgada contra las tres izquierdas. Pero no hizo falta. Reventós renunció siquiera a negociar un gobierno de izquierdas en el que hubiera sido presidente y Pujol gobernó con minoría, aunque con cierto beneplácito de los centristas y de los republicanos que no le hicieron mella en toda la legislatura. El PSUC obtuvo 25 diputados, muchos menos de los previsibles en principio y muy lejos, sobre todo, de los 33 de los socialistas. Y muy poco después se quedaría



El Boletín con el que los expulsados dieron a conocer su postura a lo largo de esas semanas del 82

con solo 21 porque los 4 nuestros que había en las listas, pasarían al cabo de un año al grupo mixto.

Eran todavía los tiempos que desde el sindicato se fortalecía la solidaridad internacional y, respondiendo a una invitación de los sindicatos hermanos de la URSS, una representación de CCOO pudo visitar algunas fábricas e instalaciones mineras de los trabajadores ucranianos y rusos. Fuimos un amplio plantel de dirigentes, entre los cuales Alfred Clemente y Paco Frutos: una manera de familiarizarnos con otra realidad que para nosotros era desconocida y sobre la que aprendimos algunas cosas. Aquel no era todavía el paraíso de los trabajadores, pero nuestra sensación fue que caminaban, demasiado lento, era cierto, hacia una nueva sociedad. Con la perspectiva del tiempo, no sabría decir si mejor o peor.

El año 1982 se iniciaba con el enfrentamiento a cara descubierta. Un llamamiento a un Congreso democrático, de participación y de unidad del PSUC, firmado por los expulsados, entre los cuales hay 4 diputados al Parlamento, abrió el fuego cruzado que se mantendría durante todo el año. Se editaron 15.000 carnets con la leyenda "Ahora más que nunca, viva el V Congreso" que ya eran una seña clara de identidad. Roman inscribió en el registró las siglas PSUC (comunista). Trescientos intelectuales y profesionales se reúnen en

los Capuchinos de Sarriá, lugar icónico, para mostrarnos su apoyo y ponerse a nuestra disposición. Cuando se convoca de nuevo el Comité Central, los expulsados acuden con un notario para que tome nota de que los oficialistas euros no les dejan entrar. A medida que se registraban enfrentamientos en las agrupaciones y muchos militantes rompían los carnets, se ocupaban locales, se cerraban cuentas corrientes y se insultaba a los compañeros. El Ejecutivo había dictado unas normas de elección de delegados que abocaba a un VI Congreso cuya principal misión era revertir lo aprobado en el V. Estaba claro que nadie iba a ceder y que los comunistas de siempre estábamos convencidos que era la oportunidad para depurar el partido de reformistas, y revertir la pérdida de las esencias. Volviendo a lo que había sido el PSUC estábamos convencidos de que se nos iban a unir muchos de los que habían estado y se habían ido y muchos de los que todavía no se habían incorporado porque nos veían dúctiles. Estábamos seguros de que íbamos a conseguir un partido más grande, con más apoyos, y desde luego, unido, sin fisuras. Habíamos puesto al partido comunista en la punta de lanza de la recién conseguida democracia y pensábamos que todo el pueblo que se sentía progresista nos iba a seguir. Nos servían de muy poco los reveses electorales, cada vez más sangrantes, porque los

Sr. Director de DIARIO DE BARCELONA:

El pasado día 3 de julio a las 3,00 horas, varios supuestos militantes del PSUC, entre los que se encontraban al parecer Jordi Guillot Responsable Político de Hospitalet y Juan Saura primer teniente Alcalde de Hospitalet, tras romper la cerradura de la Agrupación de La Florida, en la c/. Elipse, la desvalijaron llevándose los archivos y el material que a continuación se relaciona:

El cartel grande del partido que identificaba el local, 83 sillas plegables, 18 sillas normales, 4 mesas del bar, 2 mesas de oficina, mesa grande de reunión del comité de agrupación, 3 ó 4 botellas de butano, cafetera de bar de 2 brazos, molinillo de café, caja fuerte, ventilador, máquina de cine, radio-casset, amplificador y micro, el dinero de la recaudación del bar, BEBIDAS: 4 botellas de coñac, 5 de ponche, 1 de vodka, 2 de anís, 20 paquetes de tabaco, 1 caja de rosalia, nota con 1.200 ptas. de prensa, estantería con libros, material de tenebreros y vitrina, vitrina con propaganda, radio pequeña de pilas, 36 latas de conserva y platos del bar, cortina de 20 metros cuadrados de color rojo, todo el material de oficina y el de propaganda existente en el partido, incluyendo las fichas de los militantes y los sellos de cotización además del carnet de un camarada que se lo había dejado olvidado.

Al parecer la decisión de ir disolviendo la Agrupación de La Florida, así como - las de Bellvitge, Centro-San José, Can Serra y Santa Eulalia, fue tomada por la Secretaría de Organización del Comité Ejecutivo y del Comité Local.

La medida de inscribir en la línea de ir expulsando del PSUC a aquellos camaradas que se encuentran identificados y se fienden la línea del V Congreso y rechazan la práctica denominada Eurocomunista, práctica que como se ve recoge las peores tradiciones del Movimiento Comunista Internacional.

Los camaradas de la agrupación ante este político de hechos consumados sin que se haya discutido en el Pleno, han decidido mayoritariamente volver a abrir el local para continuar con su actividad política, necesaria para poder entender el tipo de Sociedad en que vivimos y como poder combatir el paro, la marginación y la perspectiva cada vez más lejana de una Sociedad Socialista.

Si los hechos antes mencionados dirigidos por la actual dirección del PSUC, son posibles hoy, no entenderemos nunca como cierta gente que están en el partido se llenan

Encabezamiento de la carta enviada a los periódicos donde se denunciaba el asalto a algunas de las agrupaciones del partido en l'Hospitalet. 9 de julio de 1981

atribuíamos a nuestra indefinición y a nuestra renuncia de los grandes principios. Faltaba muy poco para descubrir cuan equivocados estábamos.

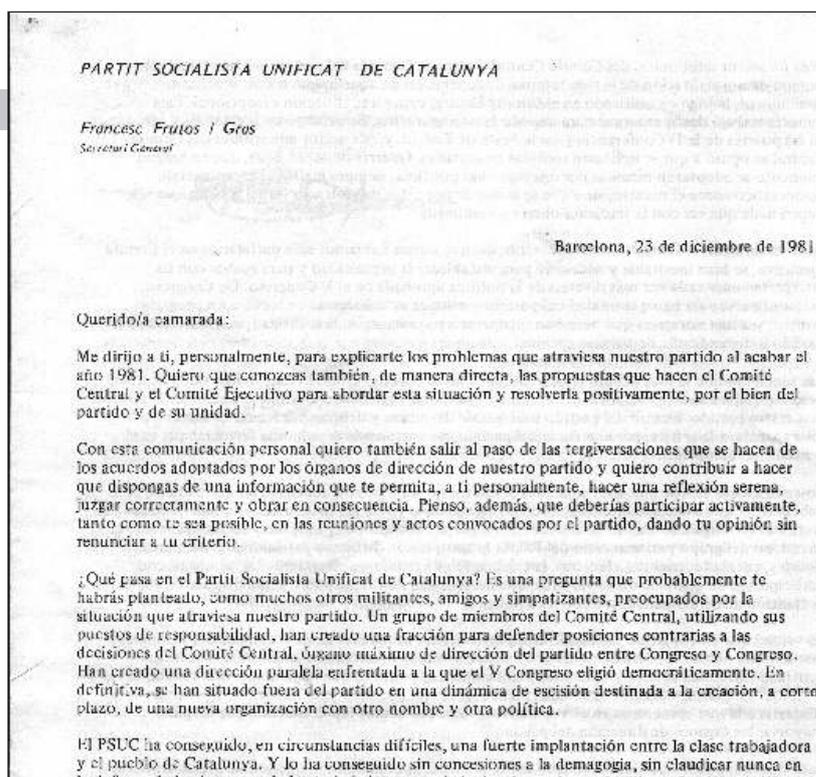
En la batalla local a local en los municipios, nosotros conseguimos que el local de la Avenida de la Fabregada, donde estuvo CCOO en un principio, quedara en nuestras manos, y lo mismo ocurrió con otro local insignia: el de la calle Elipse de La Florida, no sin antes denunciar el asalto y desmantelamiento que sufrió en julio de 1981, cuando un grupo de militantes, entre los que se encontraban, al parecer, el responsable político, Jordi Guillot, y el primer teniente de alcalde Joan Saura, lo vaciaron completamente, hasta dejarlo incluso sin el rótulo del partido que lo identificaba como sede de la agrupación de La Florida-Las Planas. Así estaban las cosas.

Nuestra sensación era, en aquellos momentos, que ya no se podía ceder. Que recomponer el partido era una misión obligada y que

lo teníamos todo a nuestro favor: la razón histórica —eso creíamos— y la mayoría de los camaradas. De hecho, era cierto que la corona metropolitana y las comarcas más industriales estaban de nuestro lado. Eso lo sabíamos nosotros y lo sabían ellos, de modo que las normas para la elección de delegados se modificaron para impedir que el peso de las delegaciones tuviera la misma estructura que en el V Congreso. Quienes años después estudiaron esas diferencias pusieron de manifiesto los datos que, al final, decantaron los resultados. De nada sirvieron las recogidas de firmas antes del Congreso para hacerlo más democrático. Lo que había pasado en el V Congreso, que la mayoría de delegados no comulgaban con la dirección, ya no volvería a producirse.

En previsión de los daños, los expulsados, autoproclamados como dirección provisional, convocan el VI Congreso para mediados de abril de este año. La ruptura ya es irreversible.

Reproducción del comienzo de la larga carta que el secretario general, Paco Frutos, remitió a la militancia dando cuenta del grave deterioro de la convivencia interna que se registraba en el partido. 23 de diciembre de 1981



En preparación del Congreso, más de 400 camaradas de la construcción, todos ellos encuadrados en CCOO convocamos una asamblea en Sants, presidida per Ardiaca y Ramos. En febrero, 24 agrupaciones de siete distritos de Barcelona, más tres miembros del Comité Central y otros tres del comité de Barcelona, consiguen reunir a cientos de camaradas en el bastión más potente de los eurocomunistas. Nuestra gente está pletórica. En las agrupaciones se repiten las asambleas y se reparten de nuevo carnets: en nuestra ciudad más de 300 nuevos carnets en esos meses previos al Congreso y eso mismo pasa en todas partes. En el Baix Llobregat hay más de 700 nuevos militantes y eso lo dice todo. En Madrid también hay críticos y, visto lo visto, invitan a una delegación del PSUC comunista a explicarles nuestras razones y nuestros pasos. Ramos, Ardiaca y Clemente que han sido invitados por unos 200 camaradas consiguen reunir a más de dos mil, para explicarles el proyecto del nuevo PSUC. Para esos días hay más de seis mil firmas de apoyo a la dirección provisional para convocar

el Congreso. Un poco antes de la fecha elegida son ya casi 13.000 pero no todos cogerán el carnet. Cuando se recuenten los militantes días después del VI Congreso, tendremos unos 8.000 afiliados. Jamás superaremos esa cifra en el PCC.

Cerca de 900 delegados nos reunimos durante los días 9 a 12 de abril en el Palacio de Congresos de Barcelona bajo el lema: "Un partit democràtic per a una política comunista". Quieren —queremos— construir un partido nuevo, sin conexiones con la socialdemocracia euro a la que adjudicamos todos nuestros males, todas nuestras renuncias y nuestros retrocesos. Preside la sala del Congreso una enorme bandera roja con la hoz y el martillo y cuando Juan Ramos lee durante más de cuatro horas el informe político, el silencio se convierte en atronador. El reglamento se ha aprobado con solo unas pocas abstenciones y la mesa del Congreso se elige por unanimidad. El informe político roza ese mismo apoyo. Solo dos abstenciones y ni un solo voto en contra. Se defiende el derecho de autodeterminación



El nuevo órgano del Partit dels Comunistes de Catalunya

de Catalunya y el rechazo a la Loapa, aprobada tras el golpe de Estado de Tejero. Se aboga por una política internacional que dé soporte crítico a los países socialistas, entendiendo las dificultades que le impone el capitalismo internacional. Se aprueba el órgano central del partido, *Avant*, que seguirá llevando la leyenda "Proletaris de tots els països uniu-vos", que también llevaba *Treball*, pero que en los últimos tiempos se había incluso percibido que se haría desaparecer, y se aboga por una recuperación del PCE que rompa con el desviacionismo carrillista. Se aprueba el nombre del nuevo partido que no es más que la reedición del viejo PSUC de los años duros de la guerra civil y de la postguerra franquista. El nuevo Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC), se propone como la vanguardia de una nueva estructura orgánica que ha de dar cabida a todos los comunistas dispuestos a seguir avanzando en la construcción de una sociedad sin clases y de un país sin lastres. Se pide que los antiguos compañeros del PSUC hagan un esfuerzo por abandonar esas siglas y se incorporen en masa a su parte matriz, el partido de los socialdemócratas, del que no les diferencia apenas nada. Nuestro nuevo partido recibe el saludo de los fraternales camaradas del bloque del Este, pero también de los compañeros comunistas de Portugal, de Jordania, de Siria, Irán, el Líbano, Marruecos, de la RDA... Acuden pe-

riodistas del *Pravda*, del *Neus Deutschland*, de la MTI búlgara y recibimos adhesiones entusiasmadas de los comunistas del MCC, de la LCR, pero también de ERC y de Nacionalistes d'Esquerra. Se llega a leer una carta de adhesión al Congreso de una hija de Comorera, el que fue primer secretario general del PSUC tras su fundación.

Cuando se dan los datos concretos de los órganos de gobierno, se conoce que los miembros del Comité Central son 115, entre los cuales se encuentran todos los expulsados del antiguo Comité Central del PSUC, mientras que el Ejecutivo está formado por Pere Ardiaca, como presidente; Juan Ramos, como secretario general; Roman, en coordinación; Paco Trives, en organización; Rafael Juan, en prensa y propaganda; Joan Tafalla, como director del *Avant*; Espuny, en política internacional; Aurora Gómez, en la secretaria de mujeres; Celestino Sánchez, en relaciones políticas; Marià Pere, en movimiento ciudadano y política institucional; Chema Corral, en la relación con los medios de comunicación; Jaume Balcells en política agraria; Justiniano Martínez, en movimiento obrero y Marçal Giró en formación. A ellos hay que añadir los responsables políticos de las tres áreas más importantes de la militancia, Barcelona (Orri), Vallés Occidental (Espín) y Baix Llobregat (Muñiz), además de Quim Boix y Alfred Clemente, sin área concreta.

Cuando sale *Avant*, se dan a conocer los datos concretos de la nueva formación: 8.000 militantes; 188, agrupaciones territoriales; 40, agrupaciones de empresa; 88 comités locales; 28 núcleos en municipios; 11 comités comarcales y dos intercomarcales. Locales abiertos en toda Cataluña, 86, de los cuales dos en nuestra ciudad: el de la avenida Fabregada y el de la calle Elipse en La Florida, cerrados ya algunos antiguos locales del PSUC en los barrios. Solo hay más locales abiertos del PCC en Barcelona (15), en Sabadell (9), en Terrassa (5), en Badalona y Santa Coloma (4 en cada una) y en Montcada i Reixac (3).

Todos, en el Central y en la Ejecutiva, son comunistas de los nuestros, pero solo hay camaradas de l'Hospitalet en el Central. En la Ejecutiva hay nombres muy reconocidos pero la mayor parte son de Barcelona o del Vallés Occidental y alguno de Santa Coloma. Del Baix Llobregat están Muñiz y el secretario general, que no es poco. El grueso del PCC está en el área metropolitana, en las zonas industrializadas, donde el movimiento obrero ha sido más fuerte y CCOO más potente.

El éxito sindical, que se había fortalecido más allá incluso de las victorias concretas en las empresas, gracias sobre todo a la cohesión en las propuestas y en los planteamientos, hacía pensar que se podría reproducir sin dificultades en un partido comunista sin fisuras. Los análisis que servían para reconocer la fortaleza de CCOO no servían, sin embargo, para ver el nervio del partido de los comunistas en Cataluña, como la realidad se encargaría de demostrar. En CCOO había gente de muchas sensibilidades, comunistas ortodoxos y heterodoxos, socialistas, cristianos, nacionalistas... pero todos se movían bajo un exclusivo interés de combate: la mejora de las condiciones

laborales concretas y la solidaridad entre trabajadores. Se imponía la práctica cotidiana sobre la teoría, incluso sindical. En el PSUC primero y en el PCC después, la realidad sería muy distinta. En el PSUC coexistían comunistas recalcitrantes y comunistas evolucionados —y yo me encontraba claramente entre los primeros— pero sobre todo comunistas que consideraban que la ocupación de las instituciones era prioritaria para avanzar y allí ponían el acento, y comunistas que pensábamos que, sin desdeñar las instituciones, el acento debía ponerse en la movilización permanente y en el debate social. No sabíamos muy bien expresarlo entonces, pero teníamos claras las consecuencias. O el protagonismo lo tomaban las instituciones y serían ellas las que encabezarían la movilización social o el protagonismo lo tomaban los obreros en las fábricas y los vecinos en las entidades populares para hacer que las instituciones reflejaran sus propuestas y asumieran sus reivindicaciones. Este debate, en una sociedad sin clases y con una organización política cohesionada y enérgica, ya era muy complicado. ¿Cómo no sería de complicado en una sociedad donde la socialdemocracia no se planteaba terminar con el capitalismo sino solo mejorarlo?

Para la socialdemocracia, las instituciones deben ser el motor, porque las masas resultan incontrolables. Así, dominar las instituciones, implica a su vez desmovilizar a la gente y convertir a las instituciones en el único cauce para tomar decisiones. Esa era la clave de los socialistas y en ese fácil enredo tenían mucha tendencia a caer nuestros compañeros eurocomunistas. En la perspectiva del tiempo —y cuando me oigo decirlo me da un cierto repleluz— el eurocomunismo no era una traición al movimiento comunista sino probablemente



Octavilla de convocatoria de la agrupación Centre-Sant Josep en la nueva sede de Avenida Fabregada. A partir de la crisis del partido se fueron cerrando algunos locales como el de la agrupación Centre en la calle Rossend Arús

una evolución positiva porque se esforzaba en desconfiar de las verdades únicas y eternas del comunismo y promovía algo que ya estaba instalado en el canon leninista: el centralismo democrático, esto es, la discusión libre, de abajo hacia arriba, hasta agotar los argumentos, para convencer. Una vez convencidos, y nunca antes, todos los comunistas debían defender el acuerdo de síntesis. También en la teoría del eurocomunismo lo importante era una organización unida, la única que puede ser útil para avanzar. Y en esa organización unida, donde el debate táctico y estratégico debe ser fundamental, no podía existir el peligro de dar prioridad al trabajo institucional sobre la movilización permanente, porque ese trabajo institucional siempre estaba bajo el control de la organización y del debate de las ideas y de los pasos a dar.

La realidad fue muy distinta, claro. Lo primero en el PSUC, a partir de 1979, no fue el partido. Fue el Ayuntamiento. El Ayuntamiento hacía la política que luego el partido trataba de justificar como podía. La diferencia con CCOO es que no era la política sindical la que se imponía al partido, sino que era en el partido donde se debatía la política sindical que luego se aplicaba, más o menos. Más o menos, porque, afortunadamente, en el sindicato había otras sensibilidades, otras ideas y otras propuestas además de la nuestra. Esa distinta manera de trabajar, más proclive al consenso, facilitó las cosas y evitó rupturas y fracciones.

El mismo problema subyacía en el partido prácticamente desde los inicios. El comunismo tendía a sacralizar a las direcciones, de modo que participar en la dirección se convirtió en un honor en aquellos años porque la militancia consideraba que lo que la dirección decidía, siempre era lo mejor, había sido analizado con el máximo detalle y discutido de abajo a arriba tanto tiempo como fuera necesario. Desgraciadamente no era así. No fue así en el comité local de L'Hospitalet, ni en el Central del PSUC, ni en el Ejecutivo, ni tampoco en el Central del PCE ni en su ejecutiva. Lo que se ha sabido mucho después es que la estrategia del PCE, por ejemplo, era lo que salía del magín de Santiago Carrillo y de nadie más, y que los inmensos errores que cometió el PCE durante toda la Transición e incluso mucho antes, no habían sido debatidos por nadie: eran cosa del secretario general y de sus contactos con la élite dirigente del país en los años de zozobra del franquismo.

En L'Hospitalet ocurría exactamente igual que en cualquier otro sitio. Durante los mejores años del PSUC en la ciudad, el comité local se reunía mucho, debatía muchas horas, pero se imponían siempre los criterios de la dirección, casi siempre avalados por la parte menos crítica y más advenediza. Al final, eso marca un ritmo, y si encima la dirección ocupa las instituciones, lo que se debate en el partido, si es que se debate algo, termina ocupando siempre un lugar secundario.

El protagonismo de la gente decae, ésta se desilusiona y abandona la militancia.

Es una estrategia idílica para el socialismo tradicional donde lo que cuentan son los votos, no las ideas. La socialdemocracia quiere apoyo electoral, no participación. Es más: su proyecto pasa necesariamente por evitar la participación para que nadie tenga capacidad de discutir sus decisiones. Dormir a la sociedad es imprescindible para tenerla controlada y es la manera de convencerla de que participar significa exclusivamente votar cada cuatro años.

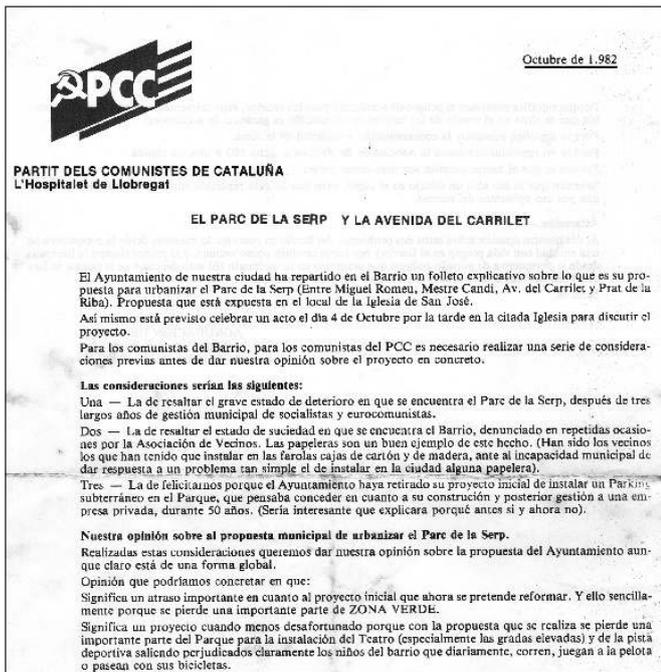
En democracia el voto es fundamental, lo que equivale a decir que, en democracia, la conquista de las instituciones donde se ejerce el poder, también lo es. Durante el franquismo luchamos intensamente para que la ciudadanía pudiera estar presente en las instituciones a través de sus elegidos. Es decir: para los comunistas, las instituciones son muy importantes y, ocuparlas, un paso fundamental para aplicar políticas que defiendan a los trabajadores. Pero ocupar las instituciones no excluye mantener activa a la gente. Si la Transición consiguió lo que consiguió —que no fue todo lo que queríamos, ni todo lo que necesitábamos— fue porque la ciudadanía estaba activa, movilizada y alerta. Y porque los comunistas invertimos en eso unas enormes energías que luego se perdieron con nuestra explícita renuncia a mantenerlos activos, movilizados y alertas, a cambio de ejercer el poder desde las instituciones con nuestras escasas fuerzas orgánicas. La principal crítica a lo que ocurrió va por ese camino: movimos a la gente y cuando la teníamos en movimiento nos olvidamos de ella para gobernar a su favor, pero sin su fuerza. Ellos fueron los que nos llevaron a las instituciones para que los tuviéramos en cuenta.

Cuando nos olvidamos de ellos, quedaron tan decepcionados que dejaron de votarnos. Con el tiempo, votaron por inercia a los que nunca les habían prometido que serían protagonistas de nada pero que les aseguraban que iban a mejorar las cosas. La movilización dejaba de tener sentido y el esfuerzo de la tensión social resultaba gratuito: para qué asumir la responsabilidad de reivindicar mejoras cuando había un equipo de supuestos especialistas que sin esfuerzo alguno nos iban a mejorar las condiciones de vida.

En el año 1983, Joan Saura se presentó ante los electores hospitalenses reforzando exactamente este mensaje: lo hecho entre 1979 y 1983, siendo bastante, no era lo suficiente, no porque la gente se hubiera retirado de la movilización social —que era lo que había ocurrido— sino porque los que habían gobernado, especialmente el alcalde, al que se le suponían muchos poderes, era un auténtico negado. Así que lo que necesitaba la ciudad a partir de 1983 no era lo que había tenido entre 1974 y 1979 sino un equipo muy bueno al frente del cual tenía que estar Saura, que era el que daba el nivel de alcalde requerido. Puestos a elegir entre un alcalde, malo pero conocido, frente a otro bueno por conocer, la ciudadanía no tuvo dudas: dio la primera mayoría absoluta al PSC y convirtió al ámbito comunista en lo que ha sido desde entonces: una reliquia miserable del pasado.

Pero antes tenía que llegar el tsunami socialista de octubre de 1982 que representó el primer baño de realidad al que le sucederían otras decenas de baños tremendos que modificarían no solo la realidad sino incluso nuestra percepción de ella misma.

Ya afirmaba anteriormente que los comunistas no podíamos renunciar a las institu-



La nueva organización local del PCC intervino rápidamente en los asuntos municipales desde fuera del Ayuntamiento. Octubre de 1982

ciones. Solo que las instituciones para nosotros tenían que ser el instrumento para hacer políticas comunistas con el aliento de la gente. Primero, por lo tanto, era la gente, después era el partido que debía analizar las prioridades y en un tercer nivel eran las instituciones, que tenían que servir para hacerlas realidad. Cuando constituimos el PCC estábamos tan ilusionados, que no teníamos dudas de que contábamos con las masas y con el partido que las había de dirigir y, por lo tanto, que hacernos con las instituciones era lo más normal del mundo.

Para ello, nos tenían que votar. Pero si nos habían votado cuando éramos frágiles y nos faltaba cohesión interna, cómo no nos iban a votar ahora que habíamos conquistado las esencias y volvíamos a ilusionar a la ciudadanía. La realidad, sin embargo, fue muy distinta y la consecuencia me atrevería a decir que atroz. La ruptura se había producido en el peor momento. En mayo de 1979 el PSOE celebró su XXVIII Congreso, un poco después de las elecciones generales de marzo en las que consiguió ser la segunda fuerza con más de 5,5 millones de votos y a una considerable distan-

cia del PCE-PSUC que no llegó a alcanzar los dos millones de votos. El PSOE consiguió tres diputados más que en junio del 77, los mismos que el PCE, tres más, solo que el PSOE alcanzó los 121 diputados y el PCE tan solo 23. Felipe González se mostraba como el líder indiscutible de una socialdemocracia dispuesta a cambiar España en la línea de la democracia liberal que los europeos llevaban décadas ensalzando.

Cuando se celebró el Congreso en Madrid, solo dos meses después de las elecciones, la misma propuesta de eliminación del marxismo como basamento ideológico del nuevo PSOE del siglo XXI que ya se había planteado tímidamente en el Congreso del año 76 y que había resultado derrotada, se planteó ahora como un reto, hasta el punto de que Felipe dimitió como secretario general tras una nueva derrota, sumiendo al PSOE en el desconcierto y al secretario general dimitido en un semidios. El nuevo congreso extraordinario de septiembre de ese mismo año, modificó lo aprobado en el anterior, eliminó el marxismo de su estrategia política y ensalzó a González como líder carismático de un partido

al alza, apoyado por la socialdemocracia europea y contemplado como la alternativa tranquila de poder que España necesitaba para poder ser tratada como uno más en el club de la Europa democrática.

Justo en ese momento, el PCE hace aguas, y el PSUC se divide en dos partes. Mientras que la imagen del PSOE era la imagen del partido de la izquierda moderada, cohesionado bajo una dirección compacta y con un líder poderoso y de prestigio que va a mejorar el país sin sobresaltos, la imagen del comunismo peninsular no puede ser más lamentable. Expulsiones en el PCE, desorientación en la militancia, ruptura entre aperturistas y prosoviéticos, sin líderes claros, sin políticas concretas ni en el ámbito industrial, ni en el laboral, cultural o económico. Las elecciones de octubre del 82, con una UCD triturada y una AP todavía escorada a la nostalgia postfranquista, permitían vislumbrar lo que estaba a punto de ocurrir, solo que la dimensión excedió en mucho lo imaginado, que ya se había adelantado en mayo con la debacle del Partido Comunista de Andalucía en las autonómicas de esa región, donde se habían perdido más de 200.000 votos respecto de las generales del 79. El PSOE iba a ganar casi cinco millones de votos más y el PCE-PSUC iba a perder más de un millón y cuarto. El PSOE alcanzó los 202 diputados y el PCE pasó de 23 a 4. Pero eso no fue lo peor. Lo dramático es que, a los seis meses del nuevo partido, el PCC no llegó a los 50.000 votos en Catalunya, mientras que el PSUC, que perdió muchos votos, superó los 150.000 (tres veces más). Gregorio López Raimundo, por Barcelona, fue uno de los cuatro diputados comunistas. Los otros tres fueron Santiago Carrillo por Madrid, el histórico Horacio Fernández Inganzo por Asturias y Fer-

nando Pérez Royo por Sevilla. No se pudo constituir grupo parlamentario propio.

La debacle electoral termina con la dimisión del eterno secretario general del PCE desde tiempos inmemoriales. Se encarga él mismo de nombrar sucesor en la persona del asturiano Gerardo Iglesias, poco conocido entre la militancia y previsiblemente frágil al frente del histórico partido. Carrillo pretende seguir gobernando en la sombra, pero Iglesias acabará saliéndole rana. La operación, sin embargo, lamina la posibilidad de Nicolás Sartorius que no pasó jamás de eterna promesa.

En el PCC se hace un análisis optimista del resultado electoral. Las cifras negativas se explican porque el partido todavía está en construcción, con escasa presencia en los lugares clave, especialmente en los ayuntamientos donde el eurocomunismo había copado la mayoría de puestos. Esta situación se ha de revertir cuando medio año más tarde se convoquen las municipales de mayo de 1983. Por varias contundentes razones que creíamos a pies juntillas: porque habrá tiempo después de la resaca socialista de ir descubriendo la auténtica cara de la socialdemocracia reformista; porque tendremos tiempo de fortalecer el partido con todos aquellos camaradas que se fueron alejando de nuestras filas a partir de la legalidad, con el desencanto que generó el eurocomunismo y, fundamentalmente, porque en los municipios se conoce a los comunistas, se sabe quienes han estado al frente de las luchas, quienes forman el núcleo sindical. Habrá lugares donde los eurocomunistas del PSUC conseguirán salvarse de la quema, pero en la mayoría de municipios del área metropolitana, en las zonas industriales y en los municipios donde el franquismo asoló las ciudades, los comunistas tienen el mejor cartel. Esa era la lec-



Mitin del cabeza de lista del PCC de l'Hospitalet en las elecciones de 1983, Jordi Homs, en el barrio de La Florida

tura, condescendiente, que se hacía desde el Ejecutivo hasta las últimas agrupaciones de la organización.

No pudieron constituirse listas del PCC en todas partes, pero concurrimos en 76 municipios de Catalunya, los más importantes y poblados, donde vivía el 82% del cuerpo electoral, de modo que había esperanzas de, por lo menos, renovar el poder en los ayuntamientos importantes y, sobre todo, disputar a los socialistas y a los euros, la hegemonía municipal. Los resultados fueron nuevamente decepcionantes. Si el PSUC había conseguido el 3 de abril de 1979 en las municipales un 20% de los apoyos —seis puntos menos que el PSC-PSOE—, en 1983 no llegamos entre los dos, PSUC y PCC, al 14%. De los 549 concejales y 16 alcaldes de aquellos comicios, se pasó en 1983 a 197 concejales y 9 alcaldes. Mientras tanto, el PSC-PSOE, todavía bajo la resaca del cambio del 82, pasó de 928 concejales y 27 alcaldes en el 79, a 1.749 concejales y 38 alcaldes en el 83. Nosotros, el PCC, que centrábamos en la batalla municipal buena parte de la estrategia de futuro, no alcanzamos ni siquiera el 2,5 % de los sufragios, 61 concejales y un solo alcalde, el de Vallirana (luego, con los pactos, se consegu-

rian otros dos más, en Montcada y en Santa Perpetua). En l'Hospitalet, por ejemplo, no conseguimos ni un solo concejal, mientras que el PSUC pasó de 11 a 3. Pero esto mismo ocurrió en Barcelona, en todo el Baix Llobregat, en Badalona, Santa Coloma y Sant Adrià, en el Baix Ebre...

Los comunistas estamos acostumbrados a la derrota. Avanzamos unos pasos, conseguimos alguna victoria y entonces ya estamos convencidos de que tenemos el triunfo a la vuelta de la esquina. Estamos tan acostumbrados a la derrota, que forma parte de nuestro ADN ver el lado bueno de la masacre. Y en lugar de reconocer que el espacio comunista se había perdido irremisiblemente, volvimos a desarrollar nuevas estrategias, a intentar vencer a nuevos compañeros, a enmendar la plana al destino.

Algunos militantes, algunos compañeros de viaje, incluso algunos dirigentes, hicieron en esos días lecturas más inteligentes o por los menos, más oportunas. En un ejercicio solemne de pragmatismo, se echaron los sueños a la espalda —algunos incluso la dignidad— y se deslizaron, sumisos, y sin hacer mucho ruido, en los brazos del socialismo ram-

Nota de prensa del PSUC local, de los que muy pronto constituirán el PCC, donde se da cuenta de la celebración de la VI Conferencia local que elige como secretario político a Santi Díaz y donde Jaume Valls es miembro del comité local, junto con Fariñas, Homs, Cupido...



pante. Ese que quizás no iba a cambiar la sociedad, pero que seguro que podía cambiar sus vidas. Pero otros nos mantuvimos firmes hasta que la irreversibilidad de los acontecimientos nos llevó a casa.

Mientras tanto, el PSUC oficial había realizado su VI Congreso en marzo de 1982 con la vuelta pronosticada de Gregorio como presidente y el Guti como Secretario General, seguramente con los peores apoyos con los que un secretario general podía contar. Tampoco el secretario general saliente, Paco Frutos, saldría muy bien parado de ese Congreso. Hizo de puente en el peor momento y perdió muchos de los apoyos que lo auparon a la primera línea de la dirección comunista. Con el tiempo, aún llegaría a ser secretario general del PCE, lo que demuestra que vivíamos tiempos convulsos y desconcertantes.

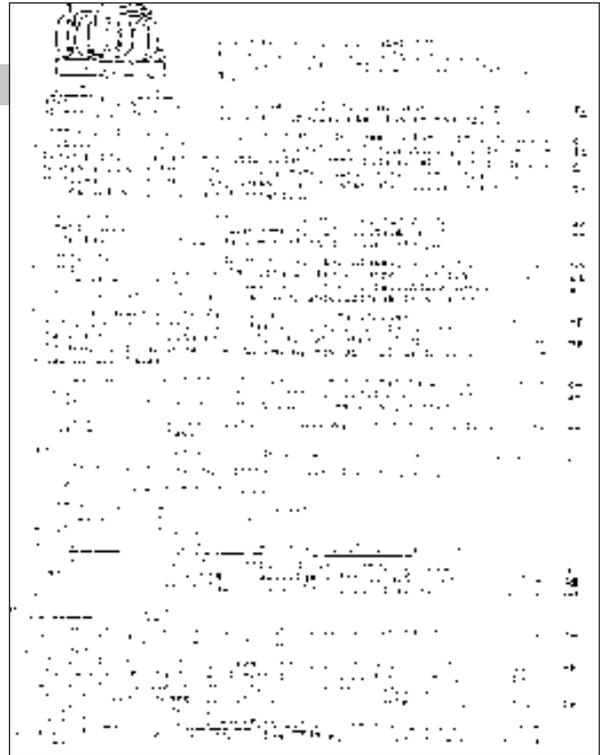
Para las municipales de mayo ya se había celebrado la VII Conferencia local del PSUC oficial (considerada la VI), después de que la VI del año anterior (que se hizo en febrero de 1982) hubiera dado como resultado un comité local de doce miembros en el que Santi Díaz era elegido secretario general, y todos los

nuestros volvían a ocupar puestos de responsabilidad. Yo, como responsable del movimiento obrero y José Fariñas como miembro del Comité Central. En la Conferencia oficial, Guillot sería de nuevo reelegido secretario político, hasta que lo substituiría Ramón Luque en el año 1985.

No habían pasado todavía dos meses desde las elecciones de mayo, que el Comité Central del PCC aprueba lo que se conoció como "Los siete puntos para una política de izquierdas en Catalunya" y que hacía algunos malabarismos con la estrategia. Eran estos: 1. Rechazo a la OTAN y al Mercado Común Europeo, política de neutralidad internacional y lucha contra los bloques militares y las bases norteamericanas en suelo español. 2. Defensa de las políticas de pleno empleo, subsidio equivalente al Salario Mínimo Interprofesional en caso de paro y mantenimiento del poder adquisitivo de los trabajadores. 3. Nacionalización de la Banca y de los sectores estratégicos y municipalización de los servicios públicos. 4. Reforma agraria y revisión de los precios agrícolas en origen. 5. Defensa de las libertades, ley del aborto y derogación de la ley Antiterro-



La crisis económica y el paro golpearon fuertemente las economías más precarias de l'Hospitalet y CCOO se puso al frente de las reivindicaciones, también en esa vertiente. A la derecha, el llamamiento de los parados de CCOO a una primera acampada rotatoria por toda la ciudad. En el reverso de la octavilla había el recorrido, que tenía que empezar el 17 de mayo en Bellvitge y debía terminar el 22 de mayo en la Plaza del Ayuntamiento

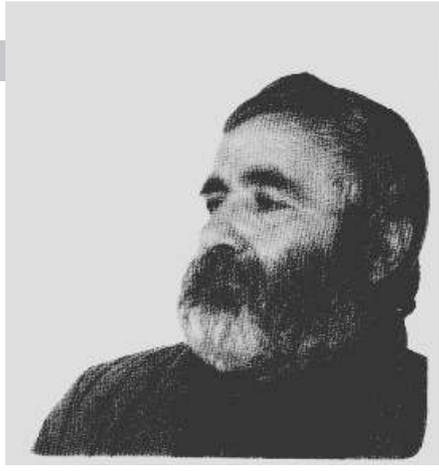
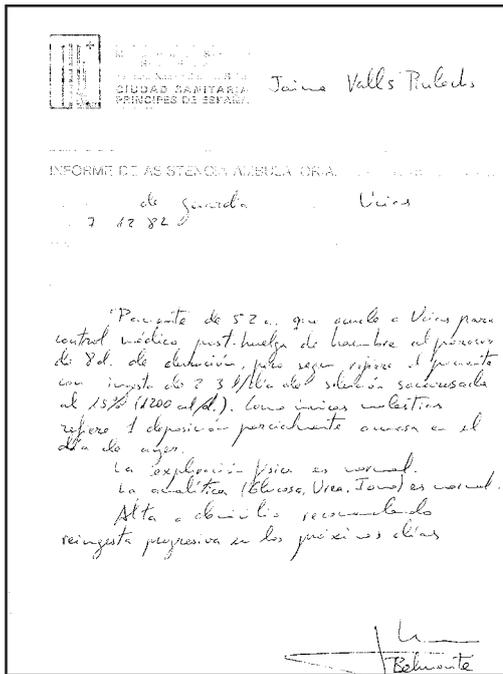


tamos iniciar una huelga de hambre recluidos en el vestíbulo de la iglesia de Sant Josep que mossén Leandre había puesto a nuestra disposición. Aquella huelga, que tuvo relevancia ciudadana y mediática, a quien peor sentó fue al Ayuntamiento, que la consideraba una forma de presión inaceptable. Aguantamos sin comer una semana entera, haciendo permanentes declaraciones a la prensa y explicando la problemática del paro que amenazaba con cuartear la estabilidad social y llevaba a la miseria a familias enteras de trabajadores. Cuando cumplíamos los siete días iniciales, los compañeros nos trasladaron al Hospital de Bellvitge donde nos aconsejaron dejar la huelga porque teníamos síntomas de desnutrición. El sacrificio valió para poco porque en los barrios la desmovilización ya era un hecho y los trabajadores temían que la crisis acabara con los pocos empleos que seguían en pie.

De esos mismos días fue la discusión en los órganos centrales de CCOO en Catalunya donde se aceptó la regulación de las Empresas de Trabajo Temporal que según sus defenso-

res abrirían la puerta a un acceso al mercado de trabajo más cómodo para los trabajadores. Si aquello lo pedían las empresas especialmente con vinculaciones multinacionales y lo avalaba el gobierno de Felipe González, no podía ser —pensaba yo— especialmente bueno para la clase trabajadora, así que me opuse en la CONC, frente a la mayoría de la Ejecutiva liderada por el secretario general López Bulla. Sirvió de poco, porque se aceptó el reglamento de las ETT's con la esperanza puesta en lo que no se iba a producir: un incremento del empleo de calidad.

Yo ya hacía más de un año que había dejado de ser concejal y Antonio Ruiz y Mariano Aragón habían sido expulsados apenas hacía un mes, de modo que el grupo municipal comunista al completo podía funcionar sin disensiones internas, al menos durante un año entero. Ahora nos podíamos dedicar íntegramente al sindicato dejando en manos de gente de toda confianza la organización local del PCC, pero las cosas ya no serían igual que antes. Ni siquiera en CCOO. Nosotros nos en-



A la derecha, el parte médico de la Residencia de Bellvitge de Jaume Valls, tras la huelga de hambre de una semana y, arriba, una fotografía inédita, con barba, durante esos días de la huelga de hambre en la iglesia de Sant Josep

tendíamos relativamente con la dirección de la CONC —como ya se vio en el caso de las ETT's— que estaba llena de leninistas, los mismos que habían convertido las resoluciones del V Congreso del PSUC en papel mojado, pero entendimos que había que preservar la unidad sindical y batallar desde las Uniones Locales para imponer nuestras ideas. El punto máximo de fricción vino durante el III Congreso de la CONC. Nosotros dominábamos la construcción, pero la federación del metal seguía siendo la más fuerte, con casi un tercio de las cuotas. Dominar la federación del metal significaba dominar la dirección del sindicato, pero muy pronto vimos que era un objetivo imposible y más cuando en vísperas del encuentro congresual, el ínclito López Bulla maniobró para disolver los órganos directivos que no le eran favorables, lo que garantizó la influencia del PSUC en la CONC y en muchas de las políticas que se iban a impulsar desde el sindicato a partir de ese momento.

Tuvimos que conformarnos porque, en definitiva, abogábamos porque el sindicato no fuera correa de transmisión de ningún partido y no podíamos defender la influencia del PCC

por encima de la del PSUC sin mostrarnos muy poco dignos de crédito. Cosa distinta fue el trabajo que se desarrolló en el resto del Estado.

En octubre del 83, *Avant* publica un artículo de Román que representa el pistoletazo de salida: "Un partido y un proyecto", donde da por hecho que el PCE ya no es el partido de los comunistas hispanos porque la política eurocomunista lo ha convertido en una caricatura de lo que había sido y donde se pronuncia abiertamente para que el PCC impulse en el Estado un partido de referencia peninsular. La crítica es general, contra la política errática de pactos en materia laboral (el Estatuto de los Trabajadores, los Pactos de la Moncloa, el pacto social que representa el Acuerdo Interconfederal sobre la negociación colectiva de ese mismo año), contra la renuncia al leninismo, contra la crítica desmesurada al bloque comunista, contra la disciplina comunista y el centralismo democrático que amenazan con convertir el PC en un partido de corrientes y fracciones. Frente a ese declive, hay que tomar ejemplo de las acciones decididas de los comunistas catalanes. Hay que poner en pie un nuevo PCE que salve las esencias ortodoxas y

para ello se han iniciado ya los contactos oportunos que darán frutos muy pronto. Tras la Festa de l'Avant en Montjuic, continuación de la tradicional Festa de Treball de finales de los 70, que resulta un éxito inesperado —más de 20.000 asistentes al míting central— y miles de entradas vendidas durante los tres días que dura la convocatoria, Ignacio Gallego da a conocer su dimisión de la Ejecutiva del PCE, mostrando su total disconformidad con el informe político que Gerardo Iglesias presentará al anunciado Congreso del partido, tachándolo de reformista, socialdemócrata y disolvente. En enero del 84 nace el nuevo partido tras una asamblea donde se aprueban los estatutos provisionales, la línea política y un Comité Central de 104 miembros, entre los cuales 14 catalanes del PCC. Ignacio Gallego es elegido nuevo secretario general. Lo reconocen más de medio centenar de partidos comunistas de todo el mundo, pero la realidad es que el nuevo partido nace sin demasiado apoyo, con una estructura frágil y sin que el PCE de Iglesias sufra una considerable pérdida de militantes. El nuevo PC español parece más nuestra muleta en el resto de España que, al contrario. Tamaña debilidad se pone de manifiesto porque tres dirigentes del PCC se trasladan a vivir a Madrid para reforzar la nueva estructura: el matrimonio Román/Abril y el responsable de la Juventud. En pocos días se da a conocer que ha habido más de 500 nuevas afiliaciones y la organización parece bullir con entregas de carnets, conferencias, debates, etc. En mayo hay una asamblea de cuadros comunistas afiliados a CCOO donde participan más de 150 dirigentes. Se prepara el III Congreso Confederado y queremos hacernos oír porque es el momento de elevar las críticas por la política de pactos que acepta la dirección confederal y que causa

desafiliación y desconfianza. Como ocurrirá en el II Congreso de la CONC, el Congreso Confederado también supone un varapalo a nuestras tesis. El 60% de la nueva dirección la forman comunistas afines al PCE-PSUC y solo un 40% son de los nuestros. En Cataluña conseguimos algo más, pero la mayoría sigue fiel a los dictados de López Bulla y de la dirección leninista de Paco Frutos.

Todo el mundo se sorprende, no obstante, de la vitalidad del PCC. Abrimos local en el centro mismo de Barcelona, en el Portal del Ángel, y en plena campaña de elecciones al Parlament de Catalunya (las segundas) desplegamos decenas de actos en todas las agrupaciones con una participación muy destacada de militantes y simpatizantes. El resultado electoral arroja para el PCC algo más de 71.000 votos que nos convierte en la sexta fuerza política en Catalunya y a las puertas de conseguir un único diputado. El PSUC, que presenta como candidato a presidente de la Generalitat al Guti, consigue 160.000 votos y 6 diputados, pero en total, el espacio comunista pierde más de 275.000 votos en cuatro años y 19 diputados.

Como hay lecturas para todos los gustos, los nuestros consideran que estas elecciones son las representativas. Primero, porque se centran en Catalunya donde el PCC tiene sus objetivos políticos y, segundo, porque ahora el influjo de Felipe González sobre el resultado global no ha sido tan fundamental como en las españolas de octubre del 82. Teniendo en cuenta estos datos, hemos conseguido 25.000 votos más que hace casi dos años. Eso quiere decir... que vamos avanzando. ¿Avanzando? El Comité Central lo dice con palabras: "un avance importante y positivo, pero insuficiente".



La izquierda comunista se volcó en el referéndum contra la Otan

Pero no hay mucho tiempo para los matices porque, al mes siguiente, el PCC participa con la máxima intensidad en las protestas por la permanencia en la OTAN, que en Barcelona reúnen a más de 100.000 personas y a más de medio millón en Madrid y que se renovarían poco después con el anuncio del referéndum que vuelve a movilizar a mucha gente que se había quedado sin referentes claros en el interludio entre el triunfo abrumador del PSOE y la crisis galopante del PCE.

En pleno verano del 85 —unos meses después de nuestra III Conferencia local de CCOO, en la que de nuevo salgo elegido secretario general del sindicato—, la confederación de CCOO convoca una huelga general de 24 horas por el proyecto del PSOE de reforma de las pensiones, de la Seguridad Social y la amenaza del despido libre que terminará con la di-simulada dimisión de Boyer como ministro de Economía y Hacienda por sus supuestos enfrentamientos con el vicepresidente Alfonso Guerra. En Catalunya es un éxito y en el conjunto del Estado paran unos cuatro millones de trabajadores. Aquí, en nuestra ciudad, el seguimiento fue prácticamente total, gracias a los esfuerzos de coordinación con el resto de la comarca. Unos días antes, se realizó una asamblea conjunta de la Unión Local y la comarcal del Baix Llobregat, que garantizó el

resultado y nos sirvió para tejer fuertes lazos de colaboración de cara al futuro.

Mientras tanto, la nueva organización política de los comunistas parece crecer en militancia y en influencia. El PC de Gallego, nuestro referente estatal, se fortalece algo en Andalucía, en Asturias, en Cantabria, en la misma Castilla, mientras que el PCE de Iglesias arrastra una existencia que a nosotros nos parece anodina, sin alma. En Andalucía especialmente, una fracción del PCE de Iglesias comandada por Manuel Monereo se fusiona con un grupo de comunistas que se han hecho fuertes en el Sindicato Obrero del Campo con experiencias muy notables como la del alcalde de Marinaleda. De ahí saldrá la Candidatura de Unidad Popular que conseguirá una afiliación de miles de nuevos camaradas bajo la cobertura del nuevo PC. Un poco antes, en marzo, el PSUC del Guti celebra su VII Congreso y es reelegido secretario general, pero Gregorio López Raimundo renuncia a la presidencia. Es un dato que no pasará desapercibido. Gregorio es de los pocos que parece percibir los enormes errores cometidos. Prudente por naturaleza, se mantendrá expectante sin apenas aspavientos.

Pese a los esfuerzos y a las movilizaciones, el prometido referéndum sobre la OTAN que convocó el gobierno del PSOE en enero de 1986, dio unos resultados que resultaron

Julio Anguita y Gerardo Iglesias en la época de la constitución de Izquierda Unida



frustrantes para nuestra masa electoral. Participó apenas el 60% del electorado, pero más del 52% en el conjunto del Estado votó a favor. Los comunistas, contrarios a permanecer en la OTAN por estar contra la política de bloques, junto a centenares de colectivos pacifistas y antimilitaristas, hicimos campaña para salir y apenas conseguimos 7 millones de votos. Nos había incorporado a la Alianza Atlántica Leopoldo Calvo Sotelo en el 82, pero Felipe González acababa de negociar la entrada en la CEE que incluía de facto la permanencia en el bloque militar europeo-americano y se enmendó asimismo la plana en un nuevo ejercicio de filibusterismo, del pragmatismo sin escrúpulos que lo caracterizaba. El resultado supuso, de hecho, otra nueva derrota a añadir a las que andábamos tratando de digerir desde hacía años. Y, en este contexto tan delicado para nosotros, González decidió adelantar medio año las generales que debían celebrarse en el otoño del 86.

Lo que vendría después sería un monumento al desconcierto. En la primavera de ese año, una iniciativa del alcalde comunista de Córdoba, Julio Anguita —quien por cierto se hospedó en casa de Antonio Ruiz en Bellvitge, cuando vino a Barcelona después de ser elegido alcalde en 1979 y allí fue entrevistado por la prensa—, consigue articular una candidatura electoral andaluza, Convocatoria por Andalucía-Izquierda Unida, como una guía de oposición respecto de las políticas neoliberales del felipismo. Contra todo pronóstico, en

mayo, una serie de reuniones de las direcciones del PCE y de nuestro PC, con otros representantes de partidos de oposición minoritario como el PASOC (socialista) el Partido Humanista, Izquierda Republicana, el partido que se configura en torno a Tamames después de su marcha del PCE y un grupo de intelectuales independientes, consiguen articular una coalición electoral bajo el nombre común de Izquierda Unida, cuya candidatura madrileña encabezará Gerardo Iglesias. El secretario general del PC, Ignacio Gallego, resultaría elegido diputado por Málaga. Aquella inusitada coalición, que a muchos nos dejó con la boca abierta, no pudo hacerse realidad en Catalunya donde seguíamos viendo al PSUC del Guti como el partido del que nos debíamos diferenciar. Para esas generales, donde el PSOE renovarían mayoría absoluta, el PSUC acuerda una coalición con los nacionalistas de izquierda (NE) para formar la Unió de l'Esquerra Catalana y nosotros, el PCC, acordamos presentarnos en solitario.

Ya he dicho que el PSOE renovó mayoría absoluta, perdiendo algo más de un millón de votos respecto del 82 y 18 diputados, pero siguió siendo el primer partido del Estado con 3 millones más de votantes que la nueva Coalición Popular de Fraga y con 7 millones de votos más que el partido de Suárez (CDS), que fue el tercero. La coalición de izquierdas que agrupaba a siete partidos bajo el nombre de Izquierda Unida apenas alcanzó el millón de votantes, quedó como quinta fuerza política

LOS COMUNISTAS DE SIEMPRE ESTAMOS EN EL PCC



LUIS ROMERO

Los compañeros, todos comunistas del PCC, cuyos nombres aparecen más abajo, somos los que muchas de vosotros conocéis por haber trabajado juntos, por haber participado en las luchas contra la patronal y por la defensa de los derechos de los trabajadores, por nuestros derechos.

Somos entre otros:

Luis Romero	Marcelino
Justiniano Martínez	Juan Gómez Alba
Paco Muñoz	Antonio Rubio
Luis Volea	Rafael Parra Chire
Romó Torrents	Antonio Jiménez
Francisco Lilián	Emilio Galligo
Ismael Cabeza	Martín Martín
Jaime Valls	Juan Gil
Antonio Ruiz	Antonio García Roca



JUSTO MARTÍNEZ



LUIS VALERA

Somos compañeros que en más de una ocasión os hemos pedido el **VOTO COMUNISTA**, por entender que es el voto de la **CLASE OBRERA**, por creer sinceramente que votar comunista hoy, es empezar a construir los pilares de un edificio que mañana se llamará socialismo y más adelante con su profundización, comunismo.

No es una utopía, aunque para algunos compañeros lo parezca, y es por ello, que **PARA CONSTRUIR UN FUJURO SOCIALISTA, HAS DE VOTAR HOY COMUNISTA.**

Por esas razones es por lo que los que siempre hemos pedido el **VOTO COMUNISTA**, os decimos hoy que votar comunista es votar **AL PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA.**



RAFAEL PARRA



MARTÍN MARTÍN

Votar comunista, votar PCC, significa, entre otras cosas:

- Luchar por el derecho al trabajo y por la defensa de los derechos fundamentales de los trabajadores.
- Plena igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres.
- Separación real entre Iglesia y Estado (es a partir acabar con las subvenciones del Estado a la Iglesia).
- Garantizar la Seguridad Ciudadana.
- Combatir la corrupción en los aparatos del Estado y en la sociedad en general.
- Reforma de la justicia: presencia de los abogados, en todo momento de la detención, obligatoria e irrenunciable.
- Descentralización, democratización y transformación de los aparatos del Estado y ejército.
- Por la República Federal.



JAUME VALLS

**VOTA COMUNISTA
VOTA**



PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA

**Los comunistas de la
CONSTRUCCION
se dirigen a sus
compañeros de ramo**

Folleto electoral del PCC de los sindicalistas de la construcción. Jaume Valls, abajo a la derecha

con menos votos que la Convergència Democràtica de Jordi Pujol y Miquel Roca, y con solo siete diputados, uno de los cuales era Ramón Espasa de la UEC (PSUC-NE), por Barcelona. Juan Ramos, candidato del PCC por Barcelona se quedó a las puertas, con menos de 60.000 votos.

El enorme tsunami del felipismo del 82, que justificó los pésimos resultados electorales del comunismo español en todos los rincones, tenía ahora una lectura muy distinta. Lo que estaba cambiando con una asombrosa celeridad era la sociedad española. Todavía se habían movilizado en el verano de los 85 cuatro millones de trabajadores, pero durante 24 horas y en lugares muy puntuales. El desencanto de los últimos años de la Transición estaba dejando paso a la desmovilización ciudadana y obrera, para dar origen a una sociedad alegre y desenfadada de la mano de las reformas amables del PSOE y de los caudales de los fondos europeos para la cohesión. Unos flujos de recursos que ayudaban a la mejora de las ciudades y de los servicios bajo el influjo de una socialdemocracia moderada que nos vinculaba a Europa y que hacía crecer económicamente a las clases medias del país y que las mantenía satisfechas.

Para los comunistas las elecciones no eran esenciales. Lo esencial era mantener a la gente en tensión. Pero la sociedad que nos estaban construyendo era justamente una sociedad que no quería tensión, sino esparcimiento, tranquilidad, ocio. Nosotros les pedíamos sacrificios, lucha, reivindicación, mientras que el PSOE, en todas las instituciones, solo les pedía el voto y a cambio les ofrecía mejoras, reformas y ninguna exigencia. La máxima exigencia era precisamente que se abstuvieran de intervenir, de controlar, de participar. Intervenir, controlar y participar supone responsabilidad y madurez. Aquella sociedad de trabajadores movilizados, maduros y responsables era, a estas alturas, una quimera. Pero nosotros todavía no lo veíamos así. Seguíamos empeñados en construir otro mundo, un mundo nuevo que solo existía en nuestros sueños.

En 1987 ya teníamos claro que lo que había ocurrido en 1980 había sido un suicidio colectivo. Si hubiéramos sido más lúcidos, unos cuantos que estuvimos en primera línea desde entonces, nos hubiéramos marchado a casa. Muchos lo hicieron. Otros optaron por salidas individuales comprensibles y muchísimo más cómodas. Los de siempre, seguimos en la brecha, haciendo esfuerzos por entender

lo que era simplemente incomprensible: cómo una sociedad diezmada por la represión y la miseria es capaz de combatir responsablemente cuando se abre el tapón, para dejarse confundir y engañar con vanas promesas de reformas solo unos pocos años más tarde.

Recuerdo, en este sentido, cómo los mayores se referían a los cambios surgidos en la España de los primeros años de Franco, comparándolos con los últimos años de la Guerra: no parecía el mismo país. Y es que los países cambian a un ritmo vertiginoso, al ritmo que les impone el poder. Por eso, probablemente, es tan importante el poder, porque tiene la capacidad de cambiar a las personas...

Por eso nos tenía que parecer comprensible que nuestros dirigentes se movieran como se movían, en la búsqueda desesperada del apoyo electoral.

Cuando el PSUC analiza la pérdida de casi 70.000 votos en Cataluña desde el año 82, el peor año electoral para los comunistas de cualquier signo, el cambio de secretario general está cantado. El Guti es un obstáculo para su partido, pero es, sobre todo, un obstáculo para un eventual reencuentro, de modo que el PSUC elige como nuevo secretario general a Rafael Ribó, un leninista que en sus tiempos en la ejecutiva del PCE se había atrevido a criticar en directo al todopoderoso Santiago Carrillo. López Bulla, desde la CONC, es uno de los primeros que pide cambios en la cúpula del PSUC sin hacerse cargo de los cambios que también necesita el sindicato y que le atañen a él mismo. Bulla no dejará el cargo de secretario general de la CONC hasta el año 1995. Pero tiene en ese momento la virtud de reclamar unidad y de proponer la incorporación del PCC (y también de los nacionalistas de iz-

quierda e incluso de la débil ERC) a una candidatura que en un año y medio estará cocinada y lista para servir. Se llamará Iniciativa per Catalunya y ahí estaremos todos otra vez.

También nosotros cambiábamos de prisa. Nos habíamos peleado por ser más comunistas que nadie en 1981 y seis años más tarde aceptábamos ir bajo unas siglas que no querían decir nada, que no incluían a nadie y, sobre todo, que se olvidaban de nuestros signos de identidad.

Pero sigamos con el sindicato. Bulla se había cargado la federación del metal echando a los nuestros y ahora, en un movimiento sorprendente, incluye a tres miembros del PCC en la dirección de ese sindicato. Los que habían sido mayoría, ahora la pierden bajo el encantamiento de la unidad. Unidad que también se respira en el encuentro que en esos días realizan los secretarios generales y antiguos compañeros del PSUC, Rafael Ribó y del PCC, Juan Ramos.

En abril de 1987, el PCPE celebra su segundo Congreso. Declara 22.000 militantes, la mayoría de los cuales en Catalunya. Gallego, con 73 años es elegido presidente del partido y Juan Ramos deja la secretaria del PCC para convertirse en el nuevo secretario general del PCPE, que ya ha tenido que modificar sus siglas legales para diferenciarse del PCE de Iglesias. Su substituto en Cataluña será Marià Pere.

En ese mismo año (1987) coinciden tres elecciones: las municipales y las primeras europeas en España y, en algunas comunidades, las autonómicas. Es un buen momento para calibrar los ánimos y los resultados. Iniciativa per Catalunya creada en abril como una coalición de partidos se presenta en 202 municipios catalanes donde vive más del 75% de la pobla-



Portada de los documentos del Congreso de Unidad

ción. Se conseguirán 69 concejales en los ayuntamientos, algunos menos de los que el PCPE tendrá solo en Andalucía. En el conjunto del país, el PCPE se hace con 220 concejalías, una docena de alcaldías y dos nuevos diputados autonómicos, en Madrid y en Asturias, a los que cabe sumar 3 en Andalucía. Izquierda Unida en conjunto conseguirá 2.500 concejales y concejalas y algo más de un millón de votos totales y 26 diputados autonómicos. En las europeas, IU obtiene el 5,25% de los votos y tres europarlamentarios. Mientras tanto el PSOE pierde muchas mayorías absolutas y se ve obligado a gobernar en coalición o en minoría en muchas localidades importantes. La lectura de todos esos comicios es que parece haberse detenido la sangría y que la fórmula anguitista surgida en Andalucía y trabajada en el conjunto del Estado permite albergar esperanzas. Resuenan por todas partes nuevos aires de unidad comunista, desinflado el proyecto carrillista que en las anteriores generales había conseguido más de 200.000 votos i que ahora se ha movido en el entorno del 1%. Carrillo se ha quedado sin representantes autonómicos o europeos y con solo 179 concejales en todo el país. No tardará en marcharse a

casa. Lo hará en 1989 después del desastre de las generales y tras aconsejar a sus 8.000 militantes la integración en el PSOE.

Algo menos de un año después del II Congreso del PCPE, el PCE celebra su XII Congreso (1988) y Julio Anguita es elegido secretario general del PCE y coordinador de IU en sustitución de Gerardo Iglesias. Su proyecto de reunificar en la práctica lo que se había destruido en los años precedentes, adquiere una nueva dimensión cuando es el propio Ignacio Gallego el que se manifiesta dispuesto a la unidad comunista. Esta posición, en el mismo grado de inconsecuencia que era consustancial a Gallego según quienes lo conocían mejor, provoca una crisis en la cúpula del partido que se resuelve con el refuerzo del PCC a su partido hermano. La mitad de los miembros del Secretariado son ahora miembros del PCC y 7 de los 27 miembros de la Ejecutiva, entre ellos los pesos pesados: Pere, Boix, Román, Ramos...

Será ese mismo Ejecutivo el que en septiembre analizará un documento político que parece surgir de la organización madrileña del PCPE con apoyo externo, donde se hace un auténtico cántico a la reunificación de los co-

El PCC local solo se presentaría a las municipales en 1983. Este boletín de junio del 82, muy crítico con la labor del primer ayuntamiento democrático, no dio sus frutos en aquellas elecciones y, en 1987, ya no se repetiría la experiencia



munistas en la vía del refuerzo de una Izquierda Unida a la que se ve con perspectivas de crecimiento. Cuando poco después se reúne el Comité Central del PCPE, Quim Boix propone la expulsión del partido de los firmantes del documento y quienes les dan apoyo. Otra nueva expulsión era justamente lo menos inteligente en aquel contexto porque se veía en la actitud del Central del PCPE todos aquellos males que habían aquejado hasta la saciedad el PCE de Carrillo: el autoritarismo, la falta de debate interno, la capacidad de analizar las disensiones...

Lo más significativo era que entre los firmantes había gente nuestra muy conocida y reconocida. Entre ellos Alfred Clemente, Justiniano Martínez, Aurora Gómez o nuestro Mariano Aragón. Eso venía a indicar que no estaban solos. Que tras ellos estábamos muchos de los que empezábamos a reconocer los errores y nos empeñábamos en repararlos. Si algunos comunistas veían imposible la unidad orgánica, otros comunistas estábamos dispuestos a no ser tan exigentes. Nos podíamos conformar con la unidad de acción que ya se

había visto que resultaba por lo menos más atractiva al electorado que la defensa a ultranza de las esencias.

Cuando el documento de Boix se pone a votación, se aprueba por 51 votos a favor y 9 en contra y cuando Ramos elabora su documento de síntesis tras una ardua discusión de dos días, el resultado mantiene esa misma correlación. Al final, Gallego y un buen número de cuadros de Madrid, de Andalucía y, algo menos, de Catalunya, optarán por abandonar el PCPE, de modo que la sacudida que recibirá la organización —y paralelamente los comunistas en CCOO— será de claca. Otra vez, el principio de la caída. A primeros de año, el PCE de Anguita hace una maniobra inteligente: celebra un Congreso Extraordinario llamado de la "unidad" que acaba incorporando al Central a 22 dirigentes de los antiguos PCPE y PCC. Y, como consecuencia de todo ello, el PCPE se excluye de Izquierda Unida. Tres meses más tarde, en Castelldefels, más de 250 militantes del PCC y lo que quedaba de Bandera Roja, nos pasamos de nuevo al PSUC (1989). Con nosotros se incorpora la cabeza pensante del PCC



Jaume Valls interviniendo en el plenario del III Congreso de CCOO de Catalunya. Año 1984

y uno de los que más habían influido en la ruptura ideológica del PSUC eurocomunista, Leopoldo Espuny. Como Espuny, éramos muchos los que veíamos en el PCE de Anguita un nuevo partido más crítico con el papel comunista durante la Transición, con el PSOE como partido de referencia izquierdista y con la necesidad de cerrar heridas. Solo que estas heridas en Cataluña eran demasiado recientes y seguían escociendo. Tanto, que el PCC se excluye de IC, siguiendo el rastro del PCPE con IU, en un movimiento que lo aísla más de la realidad política y que le quitará los pocos réditos electorales conseguidos. Todas estas maniobras, que lo debilitan, no le acercan más al PCPE sino más bien todo lo contrario. Va observando el progresivo aislamiento de los comunistas prosoviéticos que todavía quedan, sin romper el vínculo, pero sin mantener una actitud activa.

Tras las municipales de 1983 donde no conseguimos un solo concejal en l'Hospitalet, se celebran las de junio de 1987, unidos todos bajo las siglas de Iniciativa per Catalunya. Nuestra militancia ha decrecido y el entusiasmo de los primeros años se convierte en rutina y poco más. Cuando nos incorporamos a IC, tenemos tan escasa fuerza, que los tres primeros candidatos de la lista municipal son del PSUC. El primero Saura, de nuevo, y los dos

siguientes, Botey y Ramón Luque, que era el secretario político local del PSUC desde diciembre de 1985. Con Saura había el resque-mor de siempre, pero la situación era muy distinta con Botey y Luque, porque ninguno de los dos había jugado un papel importante en los años de la ruptura. Jaume Botey era, en 1979, un independiente próximo al partido y se mantuvo al margen de las controversias. En el 83 ya era militante del PSUC, pero jamás se mostró beligerante con los que nos habíamos apartado, ni mucho menos. Ramón no llegó a ser de los nuestros porque estuvo alejado de la actividad política durante los años complicados de la escisión, aunque había sido militante de Bandera Roja desde el año 75 y después fue camarada nuestro en la ciudad. Cuando se incorporó a la actividad política en primera línea mantuvo una posición crítica muy valiosa, de modo que cuando nos plantearon la lista a las municipales no hubo gran oposición.

Hay que señalar que los tres concejales electos del PSUC en el año 1983 fueron, por este orden, Saura, Candel y Botey. La idea al componer la lista era obtener más concejales que el PSOE—de ahí el lema de "aquí lo que hace falta es un alcalde" con que se presentaron a las elecciones—, aunque es muy posible que pensarán también en participar en un gobierno de coalición con los socialistas si los resultados daban

La Huelga general del 14-D. Imagen de la manifestación de Madrid de la jornada que paralizó todo el país. Fuente: diario Público



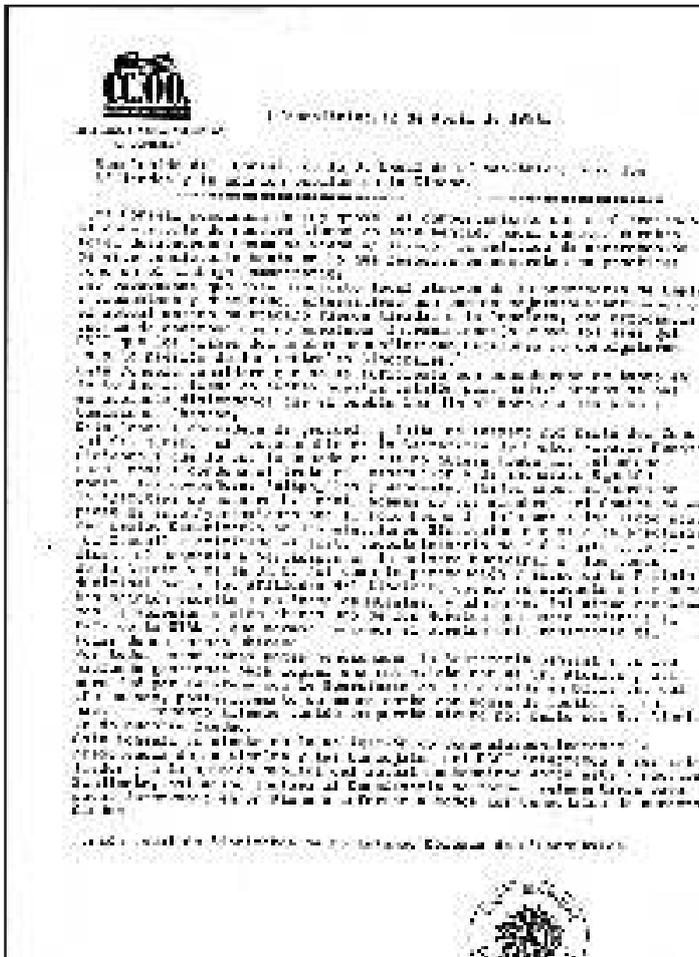
Compañeros del sindicato organizando piquetes informativos durante la huelga general del 14-D en l'Hospitalet

la mayoría suficiente y eran ajustados como en el 79. La sorpresa fue, por lo tanto, mayúscula, porque no solo la derrota fue estratosférica, sino que eran totalmente prescindibles para gobernar: los socialistas obtenían una mayoría absoluta muy holgada (de 12 concejales pasaron a 20) y los comunistas del PSUC —los comunistas en general— iniciaban su declive residual hasta ahora mismo. Tanto fue así que Candel y Botey renunciaron a sus concejalías en noviembre de ese mismo año para que les substituyeran Mercedes Olivares y Robert González, que ya habían sido concejales en 1979. Botey probablemente no estaba interesado en mantenerse en la oposición porque su vocación era la de seguir gestionando la concejalía de Educación donde había realizado una labor encomiable y Candel simplemente necesitaba unos ingresos regulares que no quedaban garantizados trabajando en la oposición. En aquel Ayuntamiento del 83 solo hubo esas dos dimisiones en los cuatro años que duró el mandato.

En 1987 los socialistas de l'Hospitalet perdieron cuatro de los 20 concejales del 83, pero

esos cuatro concejales no se fueron a IC que mantuvo los tres que tenía el PSUC en las anteriores, sino que se dividieron entre dos concejales más para CiU y otros dos para el CDS de Suárez, o sea, hacia la derecha en cualquier caso. De aquellos 16 concejales socialistas, dos dimitirían a destiempo, uno de ellos Paco Pareja —que había sido militante del PSUC en Bellvitge en los años anteriores— 18 meses más tarde de salir elegido y el otro, Fernando Parrilla, en febrero del 89 a raíz de ciertas irregularidades descubiertas.

En el verano del 89 se celebran las terceras elecciones al Parlamento Europeo y las segundas en las que participa España a la vez que los otros 12 países miembros. Izquierda Unida, que repite candidato en la persona de Fernando Pérez Royo, consigue casi un millón de votos y gana un eurodiputado más que hace dos años. Nada que ver con los más de 6 millones del PSOE, pero un apoyo razonable si se tiene en cuenta de donde venimos y de la enorme división del campo comunista. También el partido de Carrillo participa, además del



Comunicado de la Unión Local de CC OO sobre la contratación irregular del Ayuntamiento en 1986

PCPE-PCC y ni el propio Santiago ni Ramos consiguen escaño, pese a obtener 200.000 y 80.000 votos respectivamente. Como dato significativo: es en estas elecciones en las que se presenta José María Ruiz Mateos a través de una agrupación de electores propia. Conseguirá más de 600.000 votos. Muchísimos más que Carrillo, el PCPE y otra pléyade de partidos comunistas y radicales juntos.

Y cuando en octubre se convoquen las generales adelantadas (1989), Izquierda Unida, con Anguita como candidato, doblará el número de apoyos de las anteriores y pasará de 7 a 17 diputados, mientras que el PCPE que se presenta en solitario, conseguirá algo más de 60.000 votos, 5.000 más que en las precedentes, por algo más de 85.000 que obtiene el partido de Carrillo, ahora con Piñedo al frente.

Prácticamente un año antes, en octubre del 88, el gobierno González se atreve a pre-

sentar un Plan de Empleo Juvenil en el Consejo de Ministros que supone la legalización de los contratos temporales precarios y el abaratamiento del despido. Digo se atreve, porque era un claro síntoma de nuestra debilidad. En CC OO manteníamos la afiliación y prácticamente la misma representación en número de delegados (66.540 delegados en 1978 y 59.230 en toda España en 1986, un 34,5% y un 33,8% respectivamente) porque, entre otras razones, había casi 20.000 delegados menos y 800.000 trabajadores más en paro a causa de la reestructuración industrial, la crisis subyacente y el cierre de empresas. Sin embargo, éramos débiles, o por lo menos más débiles que en los años precedentes, porque había calado el miedo a la pérdida de empleo, porque nos habíamos ido aclimatando al ritmo más sosegado de la conflictividad laboral y porque ya ni siquiera éramos el sindicato mayoritario

Acto conmemorativo de los 25 años de CCOO en l'Hospitalet. En la mesa, de izquierda a derecha, Jaume Valls, Ignacio Pujana, José L. López Bulla i Pep Ribas



en España desde que nos superara la UGT a raíz del triunfo socialista del 82. Esta tendencia se mantendría hasta las elecciones sindicales del 94/95 donde CCOO volvió a recuperar el primer lugar en representación sindical y en afiliación. A raíz de la presentación de ese proyecto que afecta al mercado laboral juvenil, se desencadena una protesta sindical que incluye en esta ocasión a los compañeros de UGT en contra de las medidas del gobierno y que culminará en la histórica jornada del 14-D, con una huelga general de 24 horas que consigue, por primera vez, paralizar el país, interrumpiéndose incluso la señal de TVE. La consecuencia de la protesta es la retirada del proyecto del gobierno González y un incremento del gasto social y, lo que resulta a la postre crucial, la pérdida de la holgada mayoría absoluta socialista en las elecciones de 1989 (consigue 175 diputados) y el principio del fin del felipismo. Hay que decir que el 14-D también fue un éxito total en nuestra ciudad. La organización local de CCOO no escatimó esfuerzos y el paro fue absoluto. A ello se había llegado porque el sindicato local participó durante estos años en todas las luchas empresariales de las que teníamos noticia, de modo que la afiliación se mantuvo y la fuerza sindical no tuvo demasiada merma. Valdría la pena destacar la incorporación de muchos trabajadores jóvenes en esos años, las luchas por los convenios de em-

presa y de sector, los encierros en las Oficinas de Empleo contra la precariedad laboral, las asambleas de los trabajadores de la limpieza, por la mejora de la salud laboral y las manifestaciones por la devolución del patrimonio sindical que se fueron sucediendo varios años. Por no hablar de la preparación de las manifestaciones del Primero de Mayo...

Un año antes de la huelga del 14-D, en septiembre del 87, habíamos celebrado en l'Hospitalet la IV Conferencia local de CCOO. Ahora, una buena parte de los dirigentes sindicales de la Unión Local, distanciados de la controversia política de los años duros, coincidimos en la necesidad de fortalecer el sindicato, incentivar la afiliación sindical y mantener el nervio en la negociación colectiva y en las jornadas de huelga de 24 horas que van a venir (en el 92, en el 94, en el 2002...). Nos une también la contestación a la política del socialismo felipista, muy agresiva en esos momentos contra las conquistas sociales de finales del franquismo. De nuevo soy reelegido como secretario de la Unión Local con 57 años. Será mi última reelección. En la V Conferencia del año 91 cederé el puesto a otro compañero de la primera hora: Tomás Martínez, el líder del metal.

Algo antes, en diciembre de 1987 y haciéndolo coincidir con la celebración del 25 aniversario de CCOO en Catalunya, organizamos

HISTORIA CRONOLÓGICA DE LOS HECHOS SINDICALES Y SOCIALES MÁS IMPORTANTES EN L'HOSPITALET

A finales de la década de los sesenta, surgieron los primeros movimientos del mundo. Comenzaron a organizarse sindicatos obreros en el momento del estado socialista. Tuvieron su origen en la fábrica de la Rambla de Sureda, en la zona de la calle de Sureda.

Una vez formada la organización, los obreros de la fábrica de Sureda, y sus compañeros de otras fábricas de la zona, empezaron a organizarse en la zona de la calle de Sureda.

A medida que se iba desarrollando, se fue haciendo más fuerte y permanente. En 1968, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1969, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1970, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1971, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1972, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1973, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1974, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1975, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

Este período que se comenzó con una gran organización en el campo de l'Hospitalet con la participación de Nicolás Sureda, secretario del sindicato obrero de l'Hospitalet, terminó en la zona de la calle de Sureda.

A mediados de 1971, el 27 y 28 de junio, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1972, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1973, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1974, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1975, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1976, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1977, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1978, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1979, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1980, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1981, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1982, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1983, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1984, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1985, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1986, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1987, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1988, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1989, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1990, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.

En 1991, se convocó una asamblea para elegir a los representantes de los obreros de la zona de la calle de Sureda.



Folleto del sindicato local editado en conmemoración del 25 aniversario de la creación de CCOO

un acto conmemorativo de la primera Comisión obrera hospitalense en la sala auditorio que la Caixa tiene en la Rambla Just Oliveras con el alcalde de la ciudad, Ignacio Pujana, el secretario general de la CONC, José Luis López Bulla y yo mismo, presentados por el compañero Pep Ribas.

Un poco después, en abril del 90 se produce la práctica disolución del PSUC como partido, subsumiendo toda la organización comunista en IC, a raíz de la primera asamblea de la formación donde Ribó es nombrado presidente. La última conferencia del PSUC local de mayo (la décima) reelige como secretario político a Luque (concejal desde el 87) que, de facto, se convierte en el presidente local de IC. Diez años después de la ruptura desaparece el PSUC con prácticamente los mismos protagonistas de entonces casi en el mismo sitio: ironías de la historia. Quizás lo del "casi en el mismo sitio" es verdaderamente lo trascendente porque diez años pesan mucho, en edad y en experiencias, y no estar en el mismo sitio ayuda a digerir. Saura, por ejemplo, sigue de concejal municipal, pero con actividades cada vez más cercanas a la calle Ciutat, nueva sede de IC. Yo, por ejemplo, consumo todo mi tiempo en la Unión Local de CCOO y Ramón

Luque es quien prácticamente monopoliza la actividad municipal. El partido ha cambiado notablemente. En gente y en intensidad. Iniciativa ya no es un partido comunista. Es una organización de amplio espectro, con ya bastante poca gente activa procedente de la Transición. Los que siguen en el tajo, lo hacen desde posiciones menos rígidas, más integradoras. Parecería como que, a menos radicalidad, más sosiego.

Son malos tiempos para el comunismo. El 9 de noviembre de 1989 cae el Muro de Berlín. Con el muro cae el sistema soviético como un castillo de naipes y, con el sistema soviético, cae un mundo dividido en bloques. En dos bloques enfrentados sin encuentro posible: el derivado de la revolución bolchevique que pretendía un mundo nuevo, sin clases, sin explotadores ni explotados, frente a otro donde unos hombres y mujeres se aprovechan de la debilidad de otros hombres y mujeres para vivir a costa de su esfuerzo. Dos bloques, el de un supuesto socialismo de economía planificada y un capitalismo de libertad de mercado. Solo que son dos mundos de hombres y de mujeres, con sus ideas matrices, pero con sus defectos inherentes. Dos mundos imperfectos. Uno, imperfecto por naturaleza, el mundo

del capital y el otro, imperfecto, porque los hombres no conocen la perfección. Porque ni Marx, ni Lenin podían prever que el hombre sigue siendo un lobo para el hombre incluso allí donde las ideas de hermandad son el cimiento para construir una sociedad distinta.

Cayó en cuatro días todo un sistema de realidades y de sueños, y con esa caída cayeron muchos velos en muchos ojos. El régimen soviético, de origen o, por lo menos desde Stalin, fue un régimen que pretendía una vida nueva pero que utilizaba recursos muy viejos: los de la arbitrariedad, los del autoritarismo, los de la falta de libertad. Sin libertad, sin justicia, sin democracia, no hay nueva sociedad que valga. Con más o menos libertad, con más o menos justicia y con más o menos democracia, tampoco: no nos engañemos. La sociedad soviética del llamado socialismo real no era la nueva sociedad esperada, pero la sociedad capitalista no lo ha sido nunca. El capitalismo es un régimen infame que no tiene salvación. Que durará, porque las realidades injustas forman parte de este mundo, pero que no puede convencer a nadie. Algunos creen que puede reformarse. Eso es lo que nos divide ahora: algunos creen que este mundo puede mejorar y otros creemos firmemente que este mundo solo mejorará cuando el capitalismo, con sus normas y sus estragos, desaparezca.

En este contexto histórico no sé muy bien si el PSUC como tal, pero lo que parecía seguro es que el PCPE y el PCC se iban a convertir en una rémora para seguir avanzando. Servía todo lo que continuaban representando pero el instrumento, seguro que hacía aguas.

Cuando no había llegado todavía la fecha clave de noviembre del 89, el PCC celebra su VIII Congreso. Tiene 3.700 militantes y

ha perdido, desde el anterior Congreso, otros tantos. Además, se ha apartado de IC en Catalunya, entre otras razones para mantener su autonomía política —estrategia completamente contraria a la seguida por IC que disuelve los partidos en su seno—, pero tampoco mantiene una gran conexión con el PCPE.

Cuando se realicen las siguientes elecciones municipales, IC se presentará en muchos municipios con sus siglas, ya como partido, mientras que el PCC lo hará solo en unos sitios y con coaliciones diversas (incluso con ERC) en otros. El resultado será catastrófico: tan solo 38 concejales frente a los 276 de IC. El PCC se presenta en nuestra ciudad en solitario y consigue 1.361 votos y ningún concejal frente a los 12.333 de IC y tres concejales. En las anteriores del 87 los resultados son prácticamente idénticos: 13.792 votos para IC (entonces con el PCC en coalición) de modo que entre 1987 y 1991 se pierden entre las dos formaciones, juntas o por separado, solo 98 votos. Si la participación electoral de todos juntos a través de IC registra datos electorales paupérrimos de manera consecutiva, ¿quien podría justificar la presentación por separado del PCC? Nadie, con un análisis mínimo de la realidad, claro. Lo que pone en evidencia que los análisis sobre la realidad hacía ya bastante tiempo que se habían evadido.

En las elecciones sindicales de 1990 se observa el ritmo creciente de la economía sobre todo tras el notable esfuerzo de inversiones que, en Cataluña, suponen las Olimpíadas del 92 y la bonanza económica general que vive el país. CCOO pasa de los 59.000 delegados de 1986 a los 87.700 de 1990, pero nos seguimos manteniendo como segunda fuerza tras la UGT que consigue casi 100.000 delegados en todo el país. Cuando el PSOE se quede

a menos de un millón de votos del PP de Aznar en las generales del 93, empezará el descenso socialista también en la UGT, que se pondrá claramente de manifiesto en las sindicales de 1995. Ese año CCOO vuelve a ser primera fuerza sindical y se mantiene así hasta las últimas del 2015, incluidos los años de la crisis económica y laboral del 2009.

Hay claros signos de recuperación del sindicato de clase genuino de los trabajadores más combativos. Y es ahora cuando decido dejar la militancia y la actividad política y sindical de primera línea. En la conferencia local de mayo (1991) de CCOO, propongo mi sustitución al frente del sindicato local por Tomás Martínez, el líder sindical del metal desde la Transición y la Conferencia no se opone. Tomás Martínez había sido un fuerte rival de los nuestros en la primera época. El sindicato local del metal de CCOO bajo el influjo de cuadros medios llegados de Bandera, se mantuvo muy fiel a los planteamientos eurocomunistas de la dirección local y, por lo mismo, bastante opuestos a los nuestros. A pesar de eso, con Tomás siempre se pudo trabajar sin problemas. Nos separaban las influencias, pero nada más. Tomás había sido un compañero combativo de primera línea y su colaboración sindical siempre había sido franca y responsable. Cuando los aires se pacificaron en las organizaciones políticas, el entendimiento fue absoluto. Y cuando yo opté por salir de la primera línea, el relevo natural no era otro que él. Martínez aceptó el reto y el acercamiento entre los dos se consolidó a partir de ese momento. Hoy seguimos siendo grandes amigos y nos vemos en bastantes ocasiones.

Sigo en el secretariado de la Unión Local y por lo tanto no me desvinculo del sindicato, pero adopto un papel subalterno, para dejar

espacio a los cuadros sindicales que están llegando. Pasan las Olimpiadas de Barcelona que suponen un revulsivo laboral, llegan las generales del 93 que marcan el ocaso del felipismo, y se producirá la alternativa de derechas con el gobierno de Aznar en 1996. En ese período entre las generales del 93 y las generales del 96, quienes protagonizamos en las trincheras una parte de la historia política de la Transición y de la llegada de la democracia, estamos en plena edad de jubilación. No solo laboral, también en lo que respecta al empuje que necesita la vida política. Llega el momento de hacer análisis sin que ese análisis tenga que confrontarse de inmediato con la realidad. Llega el momento del balance, del desapasionamiento, aunque muchos mantengamos todavía en pie la sensibilidad de izquierdas y las ganas de cambiar el mundo.

En ese diagnóstico de reflexión sobre lo acontecido coincidimos muchos y en l'Hospitalet, a finales de 1994, nos reunimos unos cuantos activistas del pasado, con la idea de recuperar la memoria de lo que se hizo... y de lo que se deshizo. Se hizo mucho, justo es reconocerlo, pero tan justo es reconocer lo que se hizo como lo que se destruyó, lo que se diluyó en el mar de contradicciones en el que vivíamos. Se trataba, pues, de recuperar el análisis crítico de aquella realidad, sin las urgencias de la actividad política partidista, no para arrojar sobre unos y otros las culpas y las responsabilidades, sino para contribuir con nuestro ejemplo a que esas culpas y esas responsabilidades sirvieran para no ser repetidas. Es cierto que nadie escarmienta en cabeza ajena, pero es muy cierto también que los avisos, que las llamadas de atención ayudan a no tomar decisiones apasionadas como muchas de las que tomamos entonces.

Todavía estábamos a tiempo de contribuir a mitigar errores futuros. Valía la pena ponerse manos a la obra. A nosotros nos podían costar muchas cosas, pero ponernos manos a

la obra era para lo que estábamos diseñados. El siglo XXI estaba a las puertas y se merecía que nuestra contribución a dibujarlo con mejores perfiles que el XX, no cayera en saco roto.